

DESOBEDIENCIA CIVIL: VOLVIENDO A THOREAU, GANDHI Y M. L. KING *

Carmen GONZÁLEZ MARSAL

Doctoranda en Filosofía del Derecho

Especialista en Derechos Humanos

Universidad Complutense de Madrid

gmarsalcarmen@yahoo.es

RESUMEN

El presente trabajo se centra en los principales escritos de los tres grandes representantes de la desobediencia civil: Thoreau, Gandhi y Luther King. Para oponerse a la injusticia de la legislación vigente en un determinado momento realizaron acciones no violentas de desobediencia a la ley. De la misma forma, el movimiento universitario La Rosa Blanca y Solzhenitsyn son claros ejemplos de valiente oposición a la injusticia de las dictaduras del siglo XX. Su propuesta de salir de la indiferencia ante el mal y rechazar toda participación en la injusticia sigue siendo de plena actualidad.

Palabras clave: desobediencia civil, Thoreau, Gandhi, Luther King, La Rosa Blanca, Solzhenitsyn.

ABSTRACT

The present work is focused on the main writings of the three great representatives of civil disobedience: Thoreau, Gandhi and Luther King. In order to oppose the injustice of the legislation in force at a certain time, they carried out non-violent actions in disobedience of the law. In the same way, the university movement The White Rose and Solzhenitsyn are clear examples of brave opposition to the injustice of the dictatorships of the 20th century. Their proposal to overcome indifference in the face of evil and to reject all participation in injustice is still entirely contemporary.

Keywords: civil disobedience, Thoreau, Gandhi, Luther King, The White Rose, Solzhenitsyn.

ZUSAMMENFASSUNG

Die vorliegende Arbeit konzentriert sich auf die Hauptschriften der drei großen Repräsentanten des zivilen Ungehorsams: Thoreau, Gandhi und Luther King, die sich der Ungerechtigkeit der herrschenden Rechtsgebung zu einem gegebenen Zeitpunkt widersetzen und gewaltfreien Widerstand gegen das Gesetz ausübten. In

* Premio «Enrique Ruano Casanova», 2.ª ed., 2010.

der gleichen Weise sind die universitäre Widerstandsbewegung der "weißen Rose" und Solchenizin klare Beispiele eines mutigen Widerstandes gegen die Ungerechtigkeit der Diktaturen im 20. Jahrhundert. Ihre Entscheidung, aus der Gleichgültigkeit gegenüber dem Bösen herauszutreten und ihre völlige Verweigerung der Teilnahme an der Ungerechtigkeit sind heute noch von vollkommener Aktualität.

Schlüsselwörter: Ziviler Ungehorsam, Thoreau, Gandhi, Luther King, Die weiße Rose, Solchenizin.

SUMARIO: I. ANTE LA LEY INJUSTA, DESOBEDIENCIA CIVIL.—II. HENRY DAVID THOREAU.—III. MOHANDAS KARAMCHAND GANDHI.—IV. MARTIN LUTHER KING, JR.—V. NO COLABORAR CON LA MENTIRA.—1. La Rosa Blanca.—2. Aleksandr Solzhenitsyn.—VI. LA INJUSTICIA, NO CON MI AYUDA.—Anexo I. *On the Duty of Civil Disobedience*, Henry David Thoreau.—Anexo II. *Vivir sin mentira*, Aleksandr Solzhenitsyn.

I. ANTE LA LEY INJUSTA, DESOBEDIENCIA CIVIL

El deber de obediencia a la ley y el dilema que se plantea el ciudadano ante la ley positiva contraria a la justicia ha sido un tema tratado desde antiguo. ¿De qué manera debemos oponernos a la ley injusta? La opción por su infracción tiene diferentes manifestaciones, siendo algunas pacíficas y otras violentas. Entre las primeras encontramos la objeción de conciencia, la disidencia, la desobediencia civil, el asilo y la huelga. Mientras que las reacciones violentas ante una ley injusta serían la guerra, la revolución, la rebelión, la desobediencia criminal y el terrorismo. La resistencia y la acción militante también expresan el rechazo a la ley, pudiendo conllevar actos de violencia¹.

Partiendo de que actualmente —como en cualquier otro momento histórico— puede haber leyes o decisiones políticas injustas, merece la pena volver a los orígenes de la desobediencia civil, relejendo los escritos de quienes se han distinguido por sus acciones de desobediencia no violenta a la ley injusta².

¹ Un estudio de las distintas actitudes ante la ley injusta lo encontramos en M. J. FALCÓN Y TELLA, *El ciudadano frente a la ley*. Madrid, Ciudad Argentina, 2004.

² Puesto que «decir que la desobediencia civil no debe permitirse en una democracia hace pensar que los demócratas han resuelto el problema de la finitud humana», R. MARTIN, «Civil Disobedience», *Ethics*, vol. 80, núm. 2, 01/1970, pp. 123-139.

II. HENRY DAVID THOREAU

Thoreau (1817-1862) es considerado el primer representante de la desobediencia civil, si bien encontramos antecedentes desde la Grecia clásica a lo largo de toda la historia³. Nació en Concord (Massachusetts), se graduó en Harvard y escribió varias obras literarias sobre la naturaleza, así como ensayos, entre los que destacan *Sobre la desobediencia civil*, *Walden o la vida en los bosques*, *La esclavitud en Massachusetts* y los escritos acerca de John Brown.

En el presente trabajo nos centraremos en el primero de ellos⁴, fruto de una conferencia impartida en 1848 bajo el título *Sobre la relación del individuo con el Estado*, en la que a raíz de su brevísima estancia de una noche en la cárcel en 1846 expuso las razones por las que se negaba a pagar el impuesto de capitación⁵. Este texto fue publicado por primera vez en *Aesthetic papers* bajo el título *Resistencia al gobierno civil*⁶, recibiendo en 1866 —años después de la muerte de su autor— el título con el que se conoce actualmente al publicarse en una recopilación de sus escritos⁷.

Según afirma Thoreau, su negativa a pagar el impuesto federal se basa en la oposición a la esclavitud, que aún era legal en los Estados norteamericanos del sur⁸, y a la guerra de Estados Unidos contra México por el territorio de Texas⁹: «Un sexto de la población de una nación que se ha com-

³ Sobre los antecedentes y la evolución histórica de la desobediencia civil *vid.* el extenso análisis de M. J. FALCÓN Y TELLA, *La desobediencia civil*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 305-429.

⁴ Perteneciente a la primera etapa del pensamiento de Thoreau según P. K. DOOLEY, «Thoreau on civil disobedience: from pacifism to violence», *Journal of Thought*, vol. 13, núm. 3, 07/1978, pp. 180-187.

⁵ Sobre la *poll tax* y los motivos alegados por Thoreau para no satisfacerla *vid.* J. C. BRODERICK, «Thoreau, Alcott, and the Poll Tax», *Studies in Philology*, núm. 53, 1956, pp. 612-626.

⁶ E. P. PEABODY, *Aesthetic papers*, Boston, G. P. Purnam & Co., 1849.

⁷ H. D. THOREAU, «Civil disobedience», en *A Yankee in Canada: with anti-slavery and reform papers*, Boston, Ticknor & Fields, 1866, pp. 123-151.

⁸ El Estado de Vermont había ilegalizado la esclavitud en 1777, Massachusetts la había declarado contradictoria con su nueva Constitución de 1780 y en 1804 todos los Estados del norte habían promulgado leyes de emancipación de los esclavos. Sin embargo, en el sur este proceso fue más lento. La *Ley de esclavos fugitivos* de 1850 obligaba a los Estados del norte a devolver a los esclavos que se habían escapado e imponía penas a quienes les ayudaran a huir. El 1 de enero de 1863 Abraham Lincoln firmó la *Proclamación de emancipación* y el 6 de diciembre de 1865 se ratificó la *Decimotercera enmienda*, que abolía oficialmente la esclavitud en Estados Unidos.

⁹ Tras la anexión de Texas a Estados Unidos en 1845, la guerra de México se declaró

prometido a ser el refugio de la libertad son esclavos, y todo un país es injustamente invadido y conquistado por un ejército extranjero»¹⁰. En esta situación Thoreau plantea una clara exigencia: «Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de hacerle la guerra a México, aunque le cueste su existencia como pueblo»¹¹.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la guerra de México no se declaró hasta 1846, mientras que Thoreau ya se había negado a pagar ese impuesto en 1842, las causas de su actuación no quedan del todo claras¹². Quizá la razón principal del impago fuera su oposición a la esclavitud, aunque podría haber también otras cuestiones políticas a las que se opusiera¹³, o quizá sencillamente adujo el motivo de la guerra de México aprovechando su impopularidad en los Estados del norte.

Sea como fuere, la esclavitud es una de las causas más importantes por las que Thoreau se niega a pagar el impuesto federal. En este contexto se plantea la existencia de leyes injustas y la actitud que debemos tomar los ciudadanos ante ellas: «Las leyes injustas existen: ¿deberíamos contentarnos con obedecerlas, o bien deberíamos luchar por enmendarlas? ¿Y deberíamos seguir obedeciéndolas hasta que tuviésemos éxito, o bien deberíamos transgredirlas inmediatamente?»¹⁴.

En el ensayo que vamos a analizar Thoreau no responde a estas cuestiones con una elaborada teoría, sino que básicamente expone las razones por las que opta por desobedecer la ley para no colaborar con la injusticia. Su «actitud responde, más que a una construcción teórica o doctrinal, a una praxis en la que el carácter civil de la desobediencia contra la injusticia reside en el respeto a unos principios superiores de justicia»¹⁵.

Thoreau argumenta que no tenemos el deber de eliminar el mal¹⁶, pero sí el deber al menos de no colaborar con él, de no ser cómplices de la

en 1846 y finalizará con el *Tratado de Guadalupe Hidalgo* en 1848, por el que México cede a Estados Unidos los territorios de Texas, California y Nuevo México.

¹⁰ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, Palma de Mallorca, J. J. de Olañeta, 2002, p. 12. En el anexo I se encuentra el texto original en inglés.

¹¹ *Ibid.*, p. 13.

¹² J. C. BRODERICK, *op. cit.*

¹³ N. L. ROSENBLUM, «Thoreau's militant conscience», *Political Theory*, vol. 9, núm. 1, 02/1981, pp. 81-110.

¹⁴ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁵ A. CASADO, *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, San Sebastián, Tercera Prensa, 2002, p. 59.

¹⁶ «Ni qué decir tiene que no es deber del hombre el entregarse a la erradicación de ningún mal, aunque sea enorme; puede perfectamente tener otras preocupaciones a las que dedicarse; pero sí tiene el deber de, como mínimo, lavarse las manos de ese mal y, si no pien-

injusticia, «lo que tengo que hacer es vigilar, a toda costa, que yo mismo no me preste al mal que condeno»¹⁷. De aquí su negativa a pagar el impuesto que serviría para sufragar los gastos de la guerra de Estados Unidos contra México. No considera que deba ser él quien ponga fin a la guerra, pero sí debe retirarle su apoyo —por pequeño que sea— de cualquier forma, incluida la contribución económica a través de los impuestos federales.

Al actuar así se debe tener presente que basta que alguien busque y realice el bien para que los demás puedan también conmovirse y unirse a las acciones de no colaboración con el mal, haciendo posible el cambio: «Lo que importa no es que tendría que haber muchos que fuesen tan buenos como tú, sino que en algún lugar haya un bien absoluto; pues esa será la levadura que fermenta toda la masa»¹⁸. Los hombres no hemos sido creados para vivir violentados, sino que por naturaleza somos libres, «si una planta no puede vivir conforme a la naturaleza, muere, y lo mismo le ocurre al hombre»¹⁹. En la medida en que ejercitemos verdaderamente nuestra libertad seremos plenamente humanos, aceptando someternos únicamente a quienes cumplan una ley superior a la nuestra. En palabras de Thoreau: «Yo no nací para ser forzado [...] ¿Qué fuerza tiene una multitud? Sólo pueden forzarme quienes obedezcan a una ley superior a mí»²⁰.

De todas formas, no importa ser una minoría en cuanto al número de personas que decidan no colaborar con el mal y obren en consecuencia, puesto que «todo hombre que sea más recto que sus vecinos ya constituye una mayoría de uno»²¹. En este sentido, Thoreau afirma que con que únicamente una persona se abstenga de colaborar con la injusticia de la esclavitud, ya habría comenzado su abolición: «Si sólo un hombre HONRADO, en este Estado de Massachusetts, cesando de tener esclavos, se retirase realmente de esa coparticipación, y fuese encerrado por ello en la cárcel del condado, eso representaría la abolición de la esclavitud en Norteamérica. Porque da igual lo insignificantes que parezcan los comienzos:

sa más en ello, tampoco darle su apoyo en la práctica» (H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, op. cit., p. 18).

¹⁷ *Ibid.*, p. 22.

¹⁸ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 33.

²⁰ *Ibid.*, p. 32. Por su importancia transcribimos aquí esta última frase en el idioma original: «*They only can force me who obey a higher law than I*» (H. D. THOREAU, *On the Duty of Civil Disobedience*, Radford, Wilder, 2008, p. 30).

²¹ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, op. cit., p. 24. En el texto original: «*Any man more right than his neighbors constitutes a majority of one already*» (H. D. THOREAU, *On the Duty of Civil Disobedience*, op. cit., p. 22).

lo que se hace bien una vez, está hecho para siempre»²². Además, si todas las personas que obran rectamente fueran encarceladas por oponerse a colaborar de cualquier forma con la esclavitud o la guerra al considerarlas injustas, al Estado se le plantearía la oportunidad de recapacitar y corregir las injusticias que comete: «Si la alternativa es o tener a todos los hombres justos en la cárcel o abandonar la guerra y la esclavitud, el Estado no vacilará qué escoger»²³. De esta forma Thoreau no sólo expone el por qué de su desobediencia, sino que anima a cuantos le escuchen a sumarse a ella.

Para que la acción de una minoría sea eficaz es necesario que se oponga con todas sus fuerzas a participar en el mal que apoya la mayoría: «Una minoría es poco poderosa mientras se amolda a la mayoría; entonces ni siquiera es una minoría, pero es irresistible cuando obstruye con todo su peso»²⁴. He aquí el objetivo innovador del desobediente civil con su acto de quebrantamiento de la norma jurídica: lograr un cambio legislativo o político²⁵.

Thoreau defiende la prevalencia de la conciencia personal frente a la ley formal. Como esta última puede ser injusta, señala la importancia de la búsqueda de la justicia por encima del respeto de la legislación: «¿Acaso el ciudadano, aunque sea por un momento, o aunque sea en lo más mínimo, tiene la obligación de renunciar a su conciencia y someterla al legislador? ¿Por qué entonces tiene cada hombre su conciencia? [...] Lo más deseable de todo no es cultivar el respeto por la ley, sino por la rectitud. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en todo momento lo que considero correcto»²⁶.

Al haber leyes injustas como las que permiten la esclavitud, Thoreau sostiene que el Estado pierde su legitimidad y por ello afirma: «Ni por un instante puedo reconocer que sea mi gobierno esa organización política que también es el gobierno de los esclavos»²⁷. Consciente de que muchos compatriotas no se plantean la problemática de la injusticia realizada por

²² H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, *op. cit.*, p. 25.

²³ *Ibid.*, p. 26.

²⁴ *Ibid.*, p. 26.

²⁵ Sobre la desobediencia civil como acto al mismo tiempo moral (derivado de un juicio de la conciencia) y político *vid.* R. MARTIN, «Civil Disobedience», *op. cit.* Encontramos un análisis crítico del discurso de Thoreau, señalando que la desobediencia civil es también una acción política que rechaza el discurso retórico del acuerdo de la mayoría, en C. L. JOHNSTONE, «Thoreau and civil disobedience: A rhetorical paradox», *Quarterly Journal of Speech*, vol. 60, núm. 3, 10/1974, pp. 313-322.

²⁶ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, *op. cit.*, p. 8. En la versión original: «*It is not desirable to cultivate a respect for the law, so much as for the right*» (H. D. THOREAU, *On the Duty of Civil Disobedience*, *op. cit.*, p. 9).

²⁷ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, *op. cit.*, p. 11.

la propia Administración pública, diferencia entre los ciudadanos que sirven al Estado principalmente con su cuerpo, los que lo hacen con la cabeza y finalmente quienes le sirven también con su conciencia, «un grupo muy reducido —como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en sentido superior y los hombres— [...] y por eso necesariamente le presentan resistencia en su mayor parte, y suelen ser tratados como enemigos por él»²⁸. Paradójicamente quienes participan en la comunidad política con todo su ser, actuando en libertad y siguiendo los dictados de su conciencia en la búsqueda de la justicia, con frecuencia son mirados con desconfianza y considerados contrarios al Estado. Sin embargo, un Estado justo no tendría motivos para sospechar de estas personas, al contrario, debería tenerlas por ciudadanos ejemplares. Ahora bien, el Estado que permitiera o promoviera la injusticia sí los clasificaría como enemigos, ya que son «quienes reivindican el derecho más puro, y que, por consiguiente, más peligrosos resultan para un Estado corrupto»²⁹.

Tras estas reflexiones surgidas en la estancia en la cárcel, Thoreau llega a la conclusión de que el Estado es incapaz de advertir que entre quienes se oponen a él hay algunos que realmente son sus amigos, pues no buscan su disolución³⁰, sino la justicia, ya que su oposición deriva de su decisión de no colaborar con el mal. «Me di cuenta de que el Estado [...] no podía distinguir a sus amigos de sus enemigos»³¹. No sólo no se opone al Estado por principio, sino que dice desear conformarse a la ley: «Más bien diría que busco aunque sea una excusa para avenirme a las leyes del país»³². No obstante, al constatar que el Estado federal permite la esclavitud, Thoreau se niega a pagar el impuesto como forma de negación de su sometimiento al Estado, eligiendo mantenerse al margen del mismo para no colaborar con las injusticias que comete: «Simplemente deseo negarle mi lealtad al Estado, retirarme de él y mantenerme distante de manera efectiva»³³.

Para terminar con la injusticia permitida o cometida por el Estado los ciudadanos deberán ser verdaderamente libres, guiarse por los dictados de la justicia. Este actuar en libertad para dejar de colaborar con la injusti-

²⁸ *Ibid.*, p. 10.

²⁹ *Ibid.*, p. 27.

³⁰ A pesar de que Thoreau haya sido considerado popularmente como un pensador anarquista, él mismo se separa de los *non-government men* de su época, partidarios de la eliminación del gobierno: «no reclamo la supresión inmediata del gobierno, sino que haya de inmediato un gobierno mejor» (H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, op. cit., p. 7).

³¹ *Ibid.*, p. 32.

³² *Ibid.*, p. 40.

³³ *Ibid.*, p. 38.

cia se concretará de diferentes formas: no pagando el impuesto correspondiente, liberando a los esclavos o al acudir a votar. En este sentido, Thoreau considera que «sólo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto de aquellos que hagan valer su propia libertad con el voto»³⁴.

Al negarse a pagar el impuesto federal y ser conducido a la cárcel, Thoreau se reconoce libre, más libre que sus vecinos que no han tomado el camino de la desobediencia: «Vi que, si se alzaba allí un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había una dificultad todavía más difícil de superar o de atravesar antes de que ellos pudieran ser tan libres como era yo»³⁵. Como la causa de su encarcelamiento había sido su decisión de no colaborar ni un ápice con un Estado que considera injusto por la esclavitud y la guerra con México, allí —en la cárcel— puede afirmar que es libre.

Más aun, no sólo acepta la pena de prisión, sino que llega a sostener que en esa situación en la que el Estado encarcela injustamente, el lugar adecuado para el ciudadano libre y justo es la prisión: «El verdadero lugar para un hombre justo [...] El lugar apropiado actualmente, el único lugar que Massachusetts ha estipulado para sus mentes más libres y menos desanimadas está en sus prisiones»³⁶. Thoreau, guiado por su conciencia en busca de la justicia, acepta voluntariamente la sanción, pues estima que le resulta menos costoso desobedecer y asumir la pena que obedecer la ley en contra de su conciencia: «Me cuesta menos en todos los sentidos sufrir la pena por desobediencia al Estado que lo que me costaría obedecerlo»³⁷.

A pesar de que partiendo del concepto actual de la desobediencia civil la actuación del propio Thoreau quizá no formaría parte de los actos de desobediencia civil, sino de la categoría de la objeción de conciencia fiscal o de la «resistencia civil»³⁸, resulta claro, como señala la profesora Falcón y Tella, que «Thoreau considera el encarcelamiento como un medio para que el gobierno se dé cuenta de lo injusto y lo inmoral de su actitud y para que el resto de la sociedad se adhiera al acto de desobediencia civil»³⁹. En la medida en que una persona actúe siguiendo los dictados de la justicia a pesar de que sean contrarios a la legislación de un determinado momento, acepte cumplir la pena que por sus acciones le imponga el Estado y haga

³⁴ *Ibid.*, p. 16.

³⁵ *Ibid.*, p. 31.

³⁶ *Ibid.*, pp. 25-26.

³⁷ *Ibid.*, p. 30.

³⁸ W. A. HERR, «Thoreau: A Civil Disobedient?», *Ethics*, vol. 85, núm. 1, 10/1974, pp. 87-91.

³⁹ M. J. FALCÓN Y TELLA, *La desobediencia civil, op. cit.*, p. 444.

pública la causa de su desobediencia, provocará que otros se replanteen su colaboración con el Estado al contrastarla con lo que esa persona haya decidido y si advirtieran que están apoyando la injusticia podrían decidir unirse a su desobediencia.

Thoreau termina su ensayo sobre la desobediencia civil con una reflexión acerca de la relación del individuo con el Estado, proclamando que el primero es el origen del segundo e imaginando un Estado que realmente respetase a los ciudadanos: «No existirá nunca un Estado realmente libre e ilustrado hasta que el Estado alcance a reconocer al individuo como poder más alto e independiente, de quien derivan todo su poder y autoridad, y lo trate en consecuencia»⁴⁰.

III. MOHANDAS KARAMCHAND GANDHI

Gandhi (1869-1948) nació en una familia rica de Porbandar (India), cuyo ejemplo de rectitud y religiosidad marcó toda su vida. Estudió en la universidad de Kathiawad y en la de Oxford, graduándose en Derecho. Tras esta atapa de formación ejerció como abogado en Bombay, antes de trasladarse a trabajar a África del sur. Allí conoció las durísimas condiciones de vida de sus compatriotas y comenzó su actividad social y política que luego desarrollaría intensamente a su regreso a la India, intercalándola con periodos de retiro.

El papel desempeñado por Gandhi con su doctrina de la no-violencia en el proceso de independencia de la India fue fundamental, promoviendo campañas de no cooperación, resistencia pasiva y desobediencia civil. Sin embargo, una vez lograda, no quiso formar parte del gobierno indio, continuando con la defensa de los débiles, que en ese momento estaban representados en la minoría musulmana. Por este motivo fue asesinado por un fanático hindú.

Gandhi reconoció la influencia que Thoreau ejerció en su pensamiento, pues refiriéndose a los estadounidenses afirmó: «En la persona de Thoreau me habéis dado un maestro. Su ensayo sobre *El deber de la desobediencia civil* me proporcionó la confirmación científica de las razones de mi acción en África del sur»⁴¹.

⁴⁰ H. D. THOREAU, *Desobediencia civil*, op. cit., p. 46.

⁴¹ M. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, Salamanca, Sígueme, 2002, p. 77. Sobre la influencia de Thoreau en Gandhi vid. G. HENDRICK, «The Influence of Thoreau's "Civil Disobedience" on Gandhi's Satyagraha», *The New England Quarterly*, vol. 29,

La teoría de Gandhi recibe el nombre de *Satyagraha* que literalmente significa la «búsqueda firme de la verdad». Como se ha señalado, «*Satyagraha* no es simplemente la resistencia a la injusticia, sino también una cierta tendencia a alcanzar el bien común de un modo positivo y constructivo»⁴². Es decir, no consiste sólo en una actitud de oposición, sino que también pretende mejorar la realidad social del momento.

Comencemos por el primer aspecto, la *resistencia a la injusticia*. En virtud de esa búsqueda de la verdad, los ciudadanos debemos negarnos a colaborar con la injusticia, aunque provenga del poder público: «si un gobierno comete una injusticia grave, el ciudadano tiene que retirarle su colaboración, en todo o en parte, impidiendo que los dirigentes cometan sus fechorías»⁴³. Gandhi considera que la no colaboración con la injusticia constituye un deber cívico: «El día en que el equipo que está en el poder haga daño a la nación, cada uno de los ciudadanos tiene la obligación de retirarle su apoyo»⁴⁴. Es más, «si la injusticia cometida es intolerable, es un derecho y un deber de toda nación y de todo individuo no someterse a ella»⁴⁵.

El desafío decisivo que nos plantea Gandhi consiste en oponerse al mal viviendo sin participar ni siquiera indirectamente en una injusticia: «Hay que combatir el mal dejando de proporcionar nuestra ayuda al malhechor de una forma directa o indirecta»⁴⁶, y concreta su propuesta afirmando que «es indispensable que uno se abstenga de hacer lo que considera injusto, sean cuales fueren las consecuencias»⁴⁷. Entre estas posibles consecuencias Gandhi tiene en mente también la pena de prisión y la acepta, al igual que las demás sanciones que el Estado imponga al desobediente⁴⁸.

En esta oposición a la injusticia, en virtud de la humanidad común a todos los hombres, Gandhi apela a una ley superior a la ley positiva: «La dignidad humana exige que el hombre se refiera a una ley superior, que haga vibrar la fuerza del espíritu»⁴⁹. Si al obedecerla debemos retirar el apoyo al Estado, será éste un acto valeroso, ya que «no hay ninguna valen-

núm. 4, 12/1956, pp. 462-471. Sin embargo, dicha influencia ha sido cuestionada recientemente en V. LAL, «Gandhi's West, the West's Gandhi», *New Literary History*, vol. 40, núm. 2, 2009, pp. 281-313.

⁴² M. J. FALCÓN Y TELLA, *La desobediencia civil*, op. cit., p. 450.

⁴³ M. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, op. cit., p. 209.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 207.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 207.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 209.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 132.

⁴⁸ «Deberíamos [...] dejar que las autoridades nos metiesen en la cárcel, si les parecía oportuno» (M. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, op. cit., p. 133).

⁴⁹ *Ibid.*, p. 152.

tía mayor que la de negarse hasta el fin a doblar la rodilla ante un poder terreno, sea cual fuere su grandeza»⁵⁰.

Esta ley superior es cognoscible a través de la conciencia, por lo que Gandhi reconoce la preeminencia de la conciencia individual y sus dictados sobre la legislación. Tanto el ciudadano de a pie como el gobernante deben seguir la guía de su conciencia en la búsqueda de la verdad. «Un jefe no es bueno para nada si [...] obra en contra de lo que le dicta la conciencia. Si así lo hace, no tardará en ir a la deriva como un barco sin timón; su vocecita interior es la que tiene que guiarle, si desea llegar a buen puerto»⁵¹.

Gandhi se compromete a obedecer siempre y sólo a su conciencia, haciendo públicos sus juicios y decisiones y actuando en consecuencia: «Cada vez que mi pueblo dé un paso en falso no vacilaré en decírselo. El único tirano que acepto en este mundo es la “vocecita tranquila” que habla dentro de mí mismo. Y aun cuando tuviera que aceptar la perspectiva de una minoría reducida a un solo miembro, creo humildemente que tendré el coraje de formar parte de ella, pase lo que pase»⁵². A pesar de que se quedara absolutamente solo, seguiría siendo fiel a su conciencia, exponiendo la injusticia que percibiera y desobedeciendo civilmente si fuera necesario.

Su teoría de *Satyagraha* se realiza por medio de la no-violencia, que significa no servirse de la fuerza física, sino de la espiritual: «Si recorro a la violencia para hacer abrogar la ley, empleo lo que puede llamarse la fuerza del cuerpo. Por el contrario, si no obedezco a la ley a costa de incurrir en las sanciones previstas, utilizo la fuerza del alma»⁵³. Tomar conciencia de la potencia de esta fuerza espiritual es el primer paso para terminar con la injusticia dominante, pues «apenas el pueblo deja de temer la fuerza del tirano, su poder se derrumba»⁵⁴.

La enseñanza de la no-violencia persigue interiormente el fortalecimiento y la resistencia espiritual de quien la lleva a cabo. Sólo acogiendo el sufrimiento, el individuo que se niega a colaborar con la injusticia conseguirá un mayor impacto de sus actos: «Para ser eficaz, la no-violencia exige una voluntad decidida de aceptar el sufrimiento. No se trata ni mucho menos de una sumisión servil a la voluntad del tirano, sino de oponerse con toda el alma a sus abusos»⁵⁵.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 207.

⁵¹ *Ibid.*, p. 205.

⁵² *Ibid.*, p. 203.

⁵³ *Ibid.*, pp. 131-132.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 206.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 153.

Además, quien asuma la doctrina de Gandhi debe vivir realmente los argumentos que exponga para negarse a obedecer una ley, debe haberlos hecho suyos: «Si tenéis que expresar vuestro desacuerdo, tened mucho cuidado de que vuestras opiniones traduzcan vuestras convicciones más íntimas, sin contentaros con alinearlas pura y simplemente dentro de las consignas de un partido»⁵⁶.

Otra característica que exige a sus seguidores —en línea con el perfeccionamiento espiritual que persigue— es la motivación no violenta, es decir, quien decida oponerse a una injusticia «debe estar exento de cólera y no tener nunca intenciones de venganza»⁵⁷. De este modo, quien apelando a su conciencia y obedeciendo sus profundas convicciones se oponga a la injusticia a través de la no-violencia será invencible⁵⁸.

Concretamente respecto a la desobediencia civil, Gandhi reafirma estas características pacíficas que deben mover interiormente al desobediente civil y manifestarse exteriormente en sus acciones: «La desobediencia, para que sea civil, tiene que ser sincera, respetuosa, mesurada y exenta de todo recelo. Tiene que apoyarse en principios muy sólidos, no verse nunca sometida a caprichos y, sobre todo, no dejar que la dicte nunca el odio o el rencor»⁵⁹. Es decir, debe basarse en la ley superior a la legislación positiva, conocida a través de la conciencia individual, y su motivación, al igual que su ejercicio, debe ser no-violenta. Gandhi defiende que la desobediencia civil así entendida «es un derecho imprescriptible de todo ciudadano. No puede renunciar a ella sin dejar de ser hombre»⁶⁰, a la vez que disipa toda duda sobre su posible relación con una situación de anarquía⁶¹.

El segundo aspecto que se podría señalar de la teoría de *Satyagraha* sería la *tendencia al bien común* a través de una propuesta implícita de innovación. Este amor por la verdad y su búsqueda vehemente no sólo impulsa a oponerse a la injusticia, sino que procura también mejorar la situación de la sociedad. En este sentido, no es necesario que sea una multitud quien se proponga hacer frente al mal, pues «un solo individuo

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 202-203.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 211.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 137.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 144.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 197.

⁶¹ Gandhi hace hincapié en la diferencia entre la desobediencia civil y la desobediencia criminal y afirma que «la desobediencia civil no da nunca lugar a la anarquía, mientras que puede conducir a ella la desobediencia criminal» (M. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, op. cit., p. 197).

puede llegar a desafiar todo el poder de un imperio basado en la injusticia y [...] conseguirá quebrantar los cimientos de ese imperio o promover su regeneración»⁶². Siguiendo la doctrina de Gandhi se trataría no sólo de crecer espiritualmente de forma individual y oponerse a la injusticia apoyados en esa fuerza interior, sino de colaborar también en el camino hacia el bien común con una aportación positiva.

Una decisión muy concreta que ayuda a la construcción del bien común y es accesible a todos es manifestar la verdad. Gandhi propone esta actitud con las siguientes palabras: «Muchas veces, los hombres tienen miedo de decir lo que piensan y acaban por caer en la hipocresía, porque se forjan ideas falsas sobre las conveniencias o porque tienen miedo de herir la susceptibilidad de los oyentes o de los lectores [...] Hay que decir la verdad, aunque parezca dura de decir e impopular»⁶³. No se trata ya únicamente de buscar la verdad a nivel individual, sino también de darla a conocer sin importar que el público general esté o no receptivo a ella.

La desobediencia civil puede provocar la caída de todo un sistema político, pues teniendo en cuenta que el poder político emana del propio pueblo⁶⁴, si éste se opusiera en bloque a colaborar en la injusticia sería el fin del régimen. En palabras de Gandhi: «La desobediencia civil es la llave del poder. Imaginaos a un pueblo entero negándose a conformarse con las leyes vigentes y dispuesto a soportar las consecuencias de esta insubordinación»⁶⁵.

En un régimen democrático, el verdadero desobediente civil debe prestar obediencia al conjunto del ordenamiento jurídico, así como ser fiel a la ley divina —no olvidemos que para Gandhi la preparación espiritual resulta fundamental—, si bien ante una grave injusticia recurrirá a la desobediencia civil: «La democracia brota naturalmente en el espíritu de aquel que está habituado normalmente a obedecer de buena gana a toda ley, divina o humana [...] Solamente entonces tendrá derecho a dar un paso hacia la desobediencia civil»⁶⁶.

En línea con la idea de la prevalencia de la conciencia individual sobre la legislación, Gandhi sostiene que «la ley de la mayoría no tiene nada que

⁶² *Ibid.*, p. 153.

⁶³ *Ibid.*, pp. 146-147.

⁶⁴ Así lo entiende Gandhi: «La verdad es que el poder viene del pueblo y que para un tiempo determinado confiamos su ejercicio a los representantes que hemos escogido. El Parlamento no tiene ningún poder, ni existencia siquiera, independientemente del pueblo» (M. GANDHI, *Todos los hombres son hermanos*, *op. cit.*, p. 200).

⁶⁵ *Ibid.*, p. 200.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 202.

decir donde le toca hablar a la conciencia»⁶⁷. En cuestiones de conciencia ésta tiene un lugar preeminente, debiendo ser obedecidos sus mandatos antes que los de la ley positiva. Gandhi llega a afirmar que «es obrar como un esclavo someterse a la mayoría, sean cuales fueren sus decisiones [...] En régimen democrático, cada individuo guarda celosamente su libertad de opinión y de acción»⁶⁸.

En este sentido, considera que «nadie pierde su libertad, a no ser precisamente por su debilidad»⁶⁹. La libertad de conciencia es irreductible y se ejerce tanto en su dimensión interna como en la externa, actuando conforme a la conciencia y no permitiendo que se subordine a la opinión mayoritaria.

Como vemos, en la enseñanza de Gandhi los actos de desobediencia civil constituyen una manifestación de la libertad de conciencia del sujeto que los realiza. Por eso defiende que «el intento de prescindir de la desobediencia civil sería lo mismo que querer aprisionar a la conciencia»⁷⁰.

IV. MARTIN LUTHER KING, JR.

King (1929-1968) nació en Atlanta (Georgia), hijo de un ministro baptista. Estudió en el Moorhouse College y en el Crozier Theological Seminary y obtuvo el doctorado en Teología en la Universidad de Boston. Posteriormente fue pastor de una iglesia baptista en Montgomery (Alabama), donde comenzó a implicarse en las acciones contra la discriminación de los negros americanos con el boicot a los autobuses locales. Llegó a convertirse en el principal líder del movimiento pro derechos civiles en Estados Unidos.

Entre sus escritos más importantes se encuentra la *Carta desde la cárcel de Birmingham* (Alabama) —redactada en prisión tras ser arrestado durante una manifestación masiva— en la que justifica su acción en favor de los derechos de la comunidad negra defendiendo la «acción directa no violenta». Sus campañas culminaron en la multitudinaria marcha de Washington de 1963, donde pronunció el famoso discurso *Tengo un sueño* frente al Lincoln Memorial.

King recibió el premio Nobel de la Paz en 1964 y continuó su activismo en el sur de Estados Unidos y contra la guerra de Vietnam. Fue asesina-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 206.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 206.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 206.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 197.

do en Memphis (Tennessee) en 1968. La conmemoración de su nacimiento —el tercer lunes de enero— ha sido declarada fiesta federal⁷¹.

La teoría de la no-violencia de Gandhi ejerció una gran influencia en King⁷², quien animaba a sus seguidores a no dejarse llevar por la violencia, sino apoyarse en la fuerza espiritual: «No busquemos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio [...] No debemos permitir que nuestra protesta activa degenera en violencia física. Una y otra vez debemos [...] hacer frente a la fuerza física con la fuerza del alma»⁷³.

Las acciones directas no violentas en defensa de la no discriminación de los negros eran —según King— el último recurso al que se acudía si había fallado la previa negociación con las autoridades locales y tras un periodo de preparación personal: «En toda campaña no violenta hay cuatro estadios básicos: 1) recogida de datos para determinar si se dan injusticias, 2) negociación, 3) autopurificación y 4) acción directa»⁷⁴.

En cuanto al primer punto, la existencia de injusticias, King afirma que «hay leyes justas y leyes injustas. Yo estaría de acuerdo con San Agustín en que “una ley injusta no es ley ni es nada” [...] Una ley justa es un código creado por el hombre que concuerda con la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es un código que entra en contradicción con la ley moral [...] Toda ley que degrade la personalidad humana es injusta. Todos los estatutos segregacionistas son injustos porque la segregación distorsiona el alma y daña la personalidad. Da al que segrega una falsa sensación de superioridad y al segregado una falsa sensación de inferioridad»⁷⁵. La discriminación de la comunidad negra es injusta porque vulnera la igualdad esencial de todos los seres humanos y, como indica King, es consecuencia de una errónea pretensión de superioridad de los blancos sobre los negros.

Ante una injusticia King defiende que todos actuemos, no sólo quienes son víctimas de la misma, ya que «lo que afecta a uno directamente, afec-

⁷¹ Tras la muerte de King la mitificación de su figura ha recibido críticas principalmente por la falta de originalidad de algunos de sus trabajos, por sus infidelidades matrimoniales y por sus declaraciones de apoyo a las revoluciones comunistas de su época. Un resumen de las mismas se encuentra en D. D. MURPHEY, «Understanding America: The Martin Luther King Myth», *The Journal of Social, Political, and Economic Studies*, vol. 28, núm. 3, 2003, pp. 325-353.

⁷² G. HENDRICK, «Gandhi and Dr. Martin Luther King», *Gandhi Marg*, vol. 3, núm. 1, 01/1959, pp. 18-22.

⁷³ M. L. KING, «Tengo un sueño», en M. L. KING, *Discursos*, Universidad de León, 1997, pp. 45 y 47.

⁷⁴ M. L. KING, «Carta desde la cárcel de la ciudad de Birmingham», en M. L. KING, *Discursos*, Universidad de León, 1997, p. 55.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 65.

ta a todos indirectamente»⁷⁶. En este sentido se muestra profundamente decepcionado por lo que denomina el «terrible silencio de la gente de bien»⁷⁷, es decir, la inactividad ante la injusticia por parte de quienes no están de acuerdo con ella, pero tampoco deciden oponerse —bien sea por pasividad o porque consideran que aún no es el momento conveniente— y con su actitud en cierta medida permiten que continúe existiendo.

Como camino para eliminar la injusticia King propone «utilizar el tiempo de forma creativa y convencernos de una vez por todas de que cualquier momento es oportuno para hacer el bien»⁷⁸. En este sentido sostiene que «la injusticia hay que erradicarla mediante la acción firme, persistente y decidida»⁷⁹, y advierte que no cesará en su empeño hasta que se reconozcan los derechos de los negros: «no habrá descanso ni tranquilidad en América hasta que al negro se le concedan sus derechos de ciudadanía»⁸⁰.

En cuanto a la desobediencia civil, King defiende su carácter pacífico, público y la aceptación voluntaria de las sanciones: «quien quebranta una ley injusta lo debe hacer abiertamente, amorosamente [...] y con voluntad de acatar el castigo»⁸¹. Y por ello, al asumir el desobediente la pena establecida, considera que los actos de desobediencia civil son efectivamente una muestra de respeto a la ley: «Un individuo que quebranta una ley que según su conciencia es injusta, y voluntariamente acepta el castigo yendo a la cárcel para hacer consciente a la comunidad de la injusticia de esa ley, está en realidad expresando el más profundo respeto a la ley»⁸².

King reconoce que en las convocatorias que lidera se busca llegar al mayor número de personas posible para que tomen conciencia de la injusticia y la urgencia de su erradicación: «Decidimos ofrecer nuestros propios cuerpos como instrumento para exponer nuestro caso ante la conciencia de la comunidad local y nacional»⁸³. El objetivo de sus campañas es provocar una situación en la que la «tensión no violenta» obligue a admitir la existencia de la injusticia y tomar medidas para ponerle fin: «La acción directa no violenta intenta crear tal crisis y establecer tal tensión creativa que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se vea forzada a enfrentarse al problema [...] Existe un tipo de tensión construc-

⁷⁶ *Ibid.*, p. 55.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 73.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 73.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 77.

⁸⁰ M. L. KING, «Tengo un sueño», *op. cit.*, p. 45.

⁸¹ M. L. KING, «Carta desde la cárcel de la ciudad de Birmingham», *op. cit.*, p. 67.

⁸² *Ibid.*, p. 67.

⁸³ *Ibid.*, p. 57.

tiva no violenta que es necesaria para el progreso»⁸⁴. De esta forma King reclama la necesidad de cierto tipo de tensión para hacer pública la injusticia y conseguir el debate sobre la misma y su posterior eliminación.

El motivo por el que se requiere esta intensa oposición se encontraría en la negativa de la autoridad a combatir esa injusticia y reconocer los derechos civiles a la comunidad negra: «La historia es el largo y trágico relato de cómo los grupos privilegiados rara vez renuncian a sus privilegios voluntariamente [...] Sabemos por nuestra dolorosa experiencia que la libertad nunca la otorga voluntariamente el opresor; ha de ser exigida por el oprimido»⁸⁵.

Ahora bien, King no acepta que se le acuse de generar esa tensión, sino que defiende que sus manifestaciones simplemente dan cauce a que la indignación contenida sea liberada públicamente: «Los que nos dedicamos a la acción directa no violenta no somos los que creamos la tensión. Nosotros sólo hacemos aflorar la tensión oculta que ya existe. La sacamos a la luz donde se pueda ver y se pueda solucionar»⁸⁶. De esta forma entiende que desfogar la tensión expresando la oposición a la injusticia es el modo de abrir la puerta a la posibilidad de eliminarla.

Es más, King alega que si no fuera así, si esa situación de profundo malestar de las víctimas de la injusticia no fuera dada a conocer al conjunto de la sociedad a través de la acción directa no violenta, se correría el grave riesgo de que recurrieran a la fuerza física para intentar solucionarla: «Si sus emociones reprimidas no se exteriorizan de esta forma no violenta se manifestarán en ominosas expresiones de violencia»⁸⁷.

Sin embargo, King reafirma que su teoría es la acción directa no violenta, una vía intermedia entre la pasividad y la agresividad desatada: «He intentado mantenerme entre estas dos fuerzas, argumentando que no necesitamos seguir el “no hagas nada” de los complacientes ni el odio y la desesperación de los nacionalistas negros. Existe la excelente vía del amor y de la protesta no violenta»⁸⁸. Su compromiso con el fin de la injusticia se concreta en la actuación clara y colectiva contra ella, pero de forma pacífica.

En las sesiones de preparación antes de las acciones directas, King hace hincapié en la no-violencia de los medios, aun en el caso de que ellos mismos sean víctimas de violencia: «Repetidas veces nos preguntábamos, “¿eres

⁸⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 61.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 71.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 75.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 73.

capaz de encajar un golpe sin devolverlo?”. “¿Eres capaz de soportar los sufrimientos de la cárcel?”⁸⁹. Porque «la no violencia exige que los medios que utilicemos sean tan puros como los fines que perseguimos»⁹⁰.

Una característica de King en su lucha incansable contra la segregación racial es la confianza en el éxito de sus campañas porque tiene presente que sus peticiones son justas. Considera que la exigencia del reconocimiento de los derechos de los negros no sólo deriva de una ley superior, sino que además es conforme con la Constitución federal⁹¹: «Conseguiremos la libertad porque en nuestras reiteradas demandas se encuentran el sagrado legado de nuestra nación y la eterna voluntad de Dios»⁹². En la Declaración de Independencia de las trece colonias en 1776 ya se reconoció que todos los hombres fueron creados iguales, lo que muestra que las aspiraciones civiles de King concretan una idea que ya se recogía en los orígenes de Estados Unidos⁹³.

V. NO COLABORAR CON LA MENTIRA

La historia del siglo xx ha estado trágicamente marcada por los totalitarismos deshumanizantes que han privado a la persona de su libertad y en muchos casos incluso de su vida de las formas más horribles, al mismo tiempo que han violado la libertad política de los pueblos al someterlos al férreo yugo dictatorial. Pero en las más dramáticas circunstancias ha habido quienes han apostado por la libertad y sobreponiéndose al miedo han sido capaces de oponerse valientemente a la injusticia de tales regímenes, dando testimonio de su viva humanidad y mostrando que aun en esa

⁸⁹ *Ibid.*, p. 57.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 87.

⁹¹ «M. L. King argumentó que su desobediencia civil estaba basada no sólo en la justicia, sino también en la ley» (M. J. FALCÓN Y TELLA, *La desobediencia civil*, op. cit., p. 463).

⁹² M. L. KING, «Carta desde la cárcel de la ciudad de Birmingham», op. cit., p. 85.

⁹³ Por su representatividad reproducimos a continuación dos fragmentos de King sobre esta cuestión en su lenguaje original: «*I still have a dream. It is a dream deeply rooted in the American dream. I have a dream that one day this nation will rise up and live out the true meaning of its creed, "We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal"*» (M. L. KING, «I have a dream», op. cit., p. 48). «*One day the South will know that when these disinherited children of God sat down at lunch counters they were in reality standing up for the best in the American dream and the most sacred values in our Judeo-Christian heritage, and thusly, carrying our whole nation back to those great wells of democracy which were dug deep by the Founding Fathers in the formulation of the Constitution and the Declaration of Independence*» (M. L. KING, «Letter from Birmingham City Jail», op. cit., p. 86).

situación es posible mantener la esperanza. A continuación veremos brevemente qué luces aportan el movimiento *La Rosa Blanca* —de resistencia no violenta al nacionalsocialismo— y la propuesta de Solzhenitsyn ante el comunismo, que pudieran ser aplicables a la desobediencia civil.

1. *La Rosa Blanca*

La Rosa Blanca es el nombre del movimiento de resistencia al nazismo formado por un grupo de estudiantes de la universidad de Múnich —Hans y Sophie Scholl, Christoph Probst, Alexander Schmorell y Willi Graf— apoyados por el catedrático Kurt Huber. Distribuyeron seis hojas desde el verano de 1942 hasta su arresto en febrero de 1943 y posterior ejecución.

Ante las flagrantes injusticias cometidas por el Estado nacionalsocialista, estos jóvenes se preguntan por qué no hay una reacción social, por qué todos continúan en sus quehaceres como si nada grave ocurriera: «¿por qué se comporta tan apáticamente el pueblo alemán frente a todos esos crímenes horribles e inhumanos? Prácticamente nadie reflexiona sobre esto. Se acepta como un hecho y se olvida»⁹⁴.

Dada la crueldad de las acciones del Estado, lo definen como «la dictadura del mal»⁹⁵ y proclaman que no sólo tienen derecho a oponerse a él, sino que su eliminación constituye un auténtico deber: «¿Ha sucumbido vuestro espíritu a la violación de tal modo que olvidáis que destruir este sistema no sólo es vuestro derecho, sino vuestra obligación moral?»⁹⁶. Desde sus hojas firmadas por *La Rosa Blanca* exhortan a sus compatriotas a salir de la pasividad en la que se encuentran instalados: «Romped el manto de la indiferencia que rodea vuestro corazón»⁹⁷ para hacer frente a la barbarie del régimen que les gobierna.

Los miembros de este movimiento sostienen que «cada persona individual está en condiciones de contribuir a derrocar este sistema»⁹⁸, por lo que animan a cada uno a darse cuenta de su responsabilidad individual y, en consecuencia, oponerse a él totalmente: «Cada uno ha de ser conscien-

⁹⁴ LA ROSA BLANCA, «Segunda hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 148.

⁹⁵ LA ROSA BLANCA, «Tercera hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 152.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 152.

⁹⁷ LA ROSA BLANCA, «Quinta hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 162.

⁹⁸ LA ROSA BLANCA, «Tercera hoja», *op. cit.*, pp. 152-153.

te de su responsabilidad como miembro de la cultura cristiana y occidental y como tal ha de luchar, cada uno, tanto como pueda contra ese azote de la Humanidad que es el fascismo y todo sistema de Estado absoluto similar»⁹⁹. Pero para combatir al régimen es necesaria la purificación interior, por eso el objetivo de estos jóvenes es despertar la conciencia de sus conciudadanos y estimular su espíritu adormecido: «Intentamos conseguir una renovación del espíritu alemán, herido de gravedad, desde dentro»¹⁰⁰.

La Rosa Blanca en medio de lo que denominan «la mentira nazi»¹⁰¹ busca mostrar la verdad y ejercer la auténtica libertad, renegando del seguidismo a las consignas y agentes del partido. Desde el ámbito universitario exclaman: «¡Lo que nos importa es la verdadera ciencia y la auténtica libertad de espíritu!»¹⁰², para lo que exigen libertad de expresión.

La esperanza firme fortalece a este grupo de estudiantes amigos en los duros tiempos de la tiranía de Hitler y les anima a resistir y no doblegarse ante ella: «Si queremos que esta catástrofe sirva para el bien, sólo podrá serlo de este modo: siendo purificados por el sufrimiento, anhelando la luz en la noche más profunda, alzándose para ayudar por fin a quitarnos este yugo que está subyugando al mundo»¹⁰³.

2. Aleksandr Solzhenitsyn

Solzhenitsyn (1918-2008) nació en Rusia, siendo un joven marxista estudió matemáticas y física en la universidad de Rostov y sirvió como oficial en el ejército soviético. Fue arrestado y condenado a ocho años de campo de concentración y al exilio perpetuo —del que luego será liberado— por criticar ingenuamente a Stalin en algunas cartas enviadas a un amigo. Será ahí, en la cárcel, donde despojado de todo descubra la irreductibilidad del yo y recupere la libertad interior.

Al salir del campo de concentración se dedica a escribir clandestinamente lo que ha vivido y en 1962 se publica por primera vez una obra suya, *Un día en la vida de Iván Denisovich*. El manuscrito de su trabajo más

⁹⁹ LA ROSA BLANCA, «Primera hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 142.

¹⁰⁰ LA ROSA BLANCA, «Cuarta hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 159.

¹⁰¹ LA ROSA BLANCA, «Tercera hoja», *op. cit.*, p. 154.

¹⁰² LA ROSA BLANCA, «Sexta hoja», en J. M. GARCÍA PELEGRÍN, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler*, Madrid, Libros Libres, 2006, p. 166.

¹⁰³ LA ROSA BLANCA, «Segunda hoja», *op. cit.*, p. 147.

importante, *Archipiélago Gulag*, es confiscado por la KGB en 1973. Al año siguiente Solzhenitsyn es expulsado de la Unión Soviética y en ese momento se publica en *The Washington Post* su manifiesto *Vivir sin mentira*¹⁰⁴. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1970.

En su manifiesto Solzhenitsyn denuncia la «muerte espiritual universal»¹⁰⁵ que sufre el pueblo ruso, que ya no tiene miedo de muchos horrores como la guerra, sino únicamente de la valentía: «Sólo tememos a los actos de valor civil. Sólo tememos separarnos de la manada y dar un paso solos, y encontrarnos de pronto sin pan blanco, sin calefacción y sin estar empadronados en Moscú»¹⁰⁶.

Sin embargo, afirma que cada persona, aun sometida a un régimen totalitario, es capaz de oponerse al mismo y resulta responsable del mal en la medida en que colabore con él aunque sólo sea por su aquiescencia: «Podemos —podemos hacerlo todo [...] No son ellos los culpables de todo —lo somos nosotros mismos, sólo nosotros»¹⁰⁷.

Para acabar con la injusticia en la que viven sometidos, Solzhenitsyn indica que el camino es el rechazo a la colaboración con la mentira del sistema: «¿Es que realmente no hay salida? ¿Es que lo único que podemos hacer es esperar de brazos cruzados? ¿Acaso puede cambiar algo por sí solo? Nada sucederá mientras sigamos reconociendo, alabando y fortaleciendo —y no dejamos de hacerlo—, el más perceptible de sus aspectos: la mentira»¹⁰⁸. Cada vez que consentimos una mentira estamos colaborando con el mal aunque sea en grado mínimo.

La forma de negarse a participar en el mal que propone Solzhenitsyn es muy concreta: rechazar la colaboración en una sola mentira. «La salida más simple y más accesible a la liberación de la mentira descansa precisamente en esto: ninguna colaboración personal con la mentira. Aunque la mentira lo oculte todo y todo lo abarque, no será con mi ayuda [...] Es la cosa más fácil que podemos hacer, pero lo más devastador para la mentira. Porque cuando los hombres renuncian a mentir, la mentira sencillamente muere»¹⁰⁹. El fin de la opresión comunista puede alcanzarse en la medida en que muchos decidan no volver a colaborar con la mentira, no apo-

¹⁰⁴ El texto íntegro *Vivir sin mentira* se encuentra en el anexo II.

¹⁰⁵ A. SOLZHENITSYN, *Vivir sin mentira*, publicado en España en *Solzhenitsyn. Vivir sin mentira*, Universitas, Madrid, 2010, p. 64.

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 65.

¹⁰⁸ *Ibid.*

¹⁰⁹ *Ibid.*

yar ni una falsedad más en público ni en privado, no consentir una mentira en el campo al que cada cual se dedique, sea la técnica, el arte, la imprenta o cualquier otro.

La cuestión que nos plantea Solzhenitsyn es clara y concisa: «Verdad o falsedad: libertad o servidumbre espiritual»¹¹⁰. Habiendo desenmascarado la realidad del régimen soviético sitúa a sus compatriotas ante la necesidad de tomar una decisión: «De modo que cada uno, en su intimidad, debe realizar una elección: o seguir siendo siervo de la mentira voluntariamente [...] o despreciar la mentira y volverse un hombre honesto y digno de respeto»¹¹¹.

VI. LA INJUSTICIA, NO CON MI AYUDA

Los tres grandes representantes de la desobediencia civil de los siglos XIX y XX, a saber, Thoreau, Gandhi y M. L. King, realizaron acciones no violentas de desobediencia a la ley para oponerse a la injusticia amparada o defendida por una ley vigente en ese momento. Thoreau expresa su deseo de retirar la lealtad a un gobierno injusto al negarse a pagar un impuesto y advierte del deber de no prestarse a colaborar con el mal que uno mismo condena. En la misma línea, Gandhi con la doctrina de la no-violencia exige abstenerse de realizar la injusticia y no colaborar directa ni indirectamente con el mal. Por su parte, King aboga por la erradicación de la injusticia a través de acciones pacíficas firmes, persistentes y decididas.

Finalmente, los dos ejemplos de oposición a los totalitarismos del siglo XX que hemos visto reclaman salir de la indiferencia ante el mal en la que por miedo o comodidad se pueda estar instalado y rechazar toda participación en la injusticia, particularmente negándose a colaborar con la mentira del régimen político.

ANEXO I. *On the Duty of Civil Disobedience*, Henry David Thoreau¹¹²

I heartily accept the motto, «That government is best which governs least»; and I should like to see it acted up to more rapidly and systemati-

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 67.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 66.

¹¹² Título original, H. D. THOREAU, *Resistance to Civil Government*, 1849.

cally. Carried out, it finally amounts to this, which also I believe — «That government is best which governs not at all»; and when men are prepared for it, that will be the kind of government which they will have. Government is at best but an expedient; but most governments are usually, and all governments are sometimes, inexpedient. The objections which have been brought against a standing army, and they are many and weighty, and deserve to prevail, may also at last be brought against a standing government. The standing army is only an arm of the standing government. The government itself, which is only the mode which the people have chosen to execute their will, is equally liable to be abused and perverted before the people can act through it. Witness the present Mexican war, the work of comparatively a few individuals using the standing government as their tool; for in the outset, the people would not have consented to this measure.

This American government — what is it but a tradition, though a recent one, endeavoring to transmit itself unimpaired to posterity, but each instant losing some of its integrity? It has not the vitality and force of a single living man; for a single man can bend it to his will. It is a sort of wooden gun to the people themselves. But it is not the less necessary for this; for the people must have some complicated machinery or other, and hear its din, to satisfy that idea of government which they have. Governments show thus how successfully men can be imposed upon, even impose on themselves, for their own advantage. It is excellent, we must all allow. Yet this government never of itself furthered any enterprise, but by the alacrity with which it got out of its way. It does not keep the country free. It does not settle the West. It does not educate. The character inherent in the American people has done all that has been accomplished; and it would have done somewhat more, if the government had not sometimes got in its way. For government is an expedient, by which men would fain succeed in letting one another alone; and, as has been said, when it is most expedient, the governed are most let alone by it. Trade and commerce, if they were not made of India-rubber, would never manage to bounce over obstacles which legislators are continually putting in their way; and if one were to judge these men wholly by the effects of their actions and not partly by their intentions, they would deserve to be classed and punished with those mischievous persons who put obstructions on the railroads.

But, to speak practically and as a citizen, unlike those who call themselves no-government men, I ask for, not at one no government, but at once a better government. Let every man make known what kind of government would command his respect, and that will be one step toward obtaining it.

After all, the practical reason why, when the power is once in the hands of the people, a majority are permitted, and for a long period continue, to rule is not because they are most likely to be in the right, nor because this seems fairest to the minority, but because they are physically the strongest. But a government in which the majority rule in all cases cannot be based on justice, even as far as men understand it. Can there not be a government in which the majorities do not virtually decide right and wrong, but conscience? — in which majorities decide only those questions to which the rule of expediency is applicable? Must the citizen ever for a moment, or in the least degree, resign his conscience to the legislator? Why has every man a conscience then? I think that we should be men first, and subjects afterward. It is not desirable to cultivate a respect for the law, so much as for the right. The only obligation which I have a right to assume is to do at any time what I think right. It is truly enough said that a corporation has no conscience; but a corporation on conscientious men is a corporation with a conscience. Law never made men a whit more just; and, by means of their respect for it, even the well-disposed are daily made the agents on injustice. A common and natural result of an undue respect for the law is, that you may see a file of soldiers, colonel, captain, corporal, privates, powder-monkeys, and all, marching in admirable order over hill and dale to the wars, against their wills, ay, against their common sense and consciences, which makes it very steep marching indeed, and produces a palpitation of the heart. They have no doubt that it is a damnable business in which they are concerned; they are all peaceably inclined. Now, what are they? Men at all? or small movable forts and magazines, at the service of some unscrupulous man in power? Visit the Navy Yard, and behold a marine, such a man as an American government can make, or such as it can make a man with its black arts — a mere shadow and reminiscence of humanity, a man laid out alive and standing, and already, as one may say, buried under arms with funeral accompaniment, though it may be,

«Not a drum was heard, not a funeral note,
As his corse to the rampart we hurried;
Not a soldier discharged his farewell shot
O'er the grave where our hero was buried».

The mass of men serve the state thus, not as men mainly, but as machines, with their bodies. They are the standing army, and the militia, jailers,

constables, posse comitatus, etc. In most cases there is no free exercise whatever of the judgment or of the moral sense; but they put themselves on a level with wood and earth and stones; and wooden men can perhaps be manufactured that will serve the purpose as well. Such command no more respect than men of straw or a lump of dirt. They have the same sort of worth only as horses and dogs. Yet such as these even are commonly esteemed good citizens. Others — as most legislators, politicians, lawyers, ministers, and office-holders — serve the state chiefly with their heads; and, as the rarely make any moral distinctions, they are as likely to serve the devil, without intending it, as God. A very few — as heroes, patriots, martyrs, reformers in the great sense, and men — serve the state with their consciences also, and so necessarily resist it for the most part; and they are commonly treated as enemies by it. A wise man will only be useful as a man, and will not submit to be «clay», and «stop a hole to keep the wind away», but leave that office to his dust at least:

«I am too high born to be propertied,
To be a second at control,
Or useful serving-man and instrument
To any sovereign state throughout the World».

He who gives himself entirely to his fellow men appears to them useless and selfish; but he who gives himself partially to them in pronounced a benefactor and philanthropist.

How does it become a man to behave toward the American government today? I answer, that he cannot without disgrace be associated with it. I cannot for an instant recognize that political organization as my government which is the slave's government also.

All men recognize the right of revolution; that is, the right to refuse allegiance to, and to resist, the government, when its tyranny or its inefficiency are great and unendurable. But almost all say that such is not the case now. But such was the case, they think, in the Revolution of '75. If one were to tell me that this was a bad government because it taxed certain foreign commodities brought to its ports, it is most probable that I should not make an ado about it, for I can do without them. All machines have their friction; and possibly this does enough good to counter-balance the evil. At any rate, it is a great evil to make a stir about it. But when the friction comes to have its machine, and oppression and robbery are organized, I say, let us not have such a machine any longer. In other words, when a

sixth of the population of a nation which has undertaken to be the refuge of liberty are slaves, and a whole country is unjustly overrun and conquered by a foreign army, and subjected to military law, I think that it is not too soon for honest men to rebel and revolutionize. What makes this duty the more urgent is that fact that the country so overrun is not our own, but ours is the invading army.

Paley, a common authority with many on moral questions, in his chapter on the «Duty of Submission to Civil Government», resolves all civil obligation into expediency; and he proceeds to say that «so long as the interest of the whole society requires it, that it, so long as the established government cannot be resisted or changed without public inconveniency, it is the will of God [...] that the established government be obeyed — and no longer. This principle being admitted, the justice of every particular case of resistance is reduced to a computation of the quantity of the danger and grievance on the one side, and of the probability and expense of redressing it on the other». Of this, he says, every man shall judge for himself. But Paley appears never to have contemplated those cases to which the rule of expediency does not apply, in which a people, as well as an individual, must do justice, cost what it may. If I have unjustly wrested a plank from a drowning man, I must restore it to him though I drown myself. This, according to Paley, would be inconvenient. But he that would save his life, in such a case, shall lose it. This people must cease to hold slaves, and to make war on Mexico, though it cost them their existence as a people.

In their practice, nations agree with Paley; but does anyone think that Massachusetts does exactly what is right at the present crisis?

«A drab of stat,
a cloth-o'-silver slut,
To have her train borne up,
and her soul trail in the dirt».

Practically speaking, the opponents to a reform in Massachusetts are not a hundred thousand politicians at the South, but a hundred thousand merchants and farmers here, who are more interested in commerce and agriculture than they are in humanity, and are not prepared to do justice to the slave and to Mexico, cost what it may. I quarrel not with far-off foes, but with those who, neat at home, co-operate with, and do the bidding of, those far away, and without whom the latter would be harmless. We are accustomed to say, that the mass of men are unprepared; but improvement

is slow, because the few are not as materially wiser or better than the many. It is not so important that many should be good as you, as that there be some absolute goodness somewhere; for that will leaven the whole lump. There are thousands who are in opinion opposed to slavery and to the war, who yet in effect do nothing to put an end to them; who, esteeming themselves children of Washington and Franklin, sit down with their hands in their pockets, and say that they know not what to do, and do nothing; who even postpone the question of freedom to the question of free trade, and quietly read the prices-current along with the latest advices from Mexico, after dinner, and, it may be, fall asleep over them both. What is the price-current of an honest man and patriot today? They hesitate, and they regret, and sometimes they petition; but they do nothing in earnest and with effect. They will wait, well disposed, for other to remedy the evil, that they may no longer have it to regret. At most, they give up only a cheap vote, and a feeble countenance and Godspeed, to the right, as it goes by them. There are nine hundred and ninety-nine patrons of virtue to one virtuous man. But it is easier to deal with the real possessor of a thing than with the temporary guardian of it.

All voting is a sort of gaming, like checkers or backgammon, with a slight moral tinge to it, a playing with right and wrong, with moral questions; and betting naturally accompanies it. The character of the voters is not staked. I cast my vote, perchance, as I think right; but I am not vitally concerned that that right should prevail. I am willing to leave it to the majority. Its obligation, therefore, never exceeds that of expediency. Even voting for the right is doing nothing for it. It is only expressing to men feebly your desire that it should prevail. A wise man will not leave the right to the mercy of chance, nor wish it to prevail through the power of the majority. There is but little virtue in the action of masses of men. When the majority shall at length vote for the abolition of slavery, it will be because they are indifferent to slavery, or because there is but little slavery left to be abolished by their vote. They will then be the only slaves. Only his vote can hasten the abolition of slavery who asserts his own freedom by his vote.

I hear of a convention to be held at Baltimore, or elsewhere, for the selection of a candidate for the Presidency, made up chiefly of editors, and men who are politicians by profession; but I think, what is it to any independent, intelligent, and respectable man what decision they may come to? Shall we not have the advantage of this wisdom and honesty, nevertheless? Can we not count upon some independent votes? Are there not many individuals in the country who do not attend conventions? But no: I find that

the respectable man, so called, has immediately drifted from his position, and despairs of his country, when his country has more reasons to despair of him. He forthwith adopts one of the candidates thus selected as the only available one, thus proving that he is himself available for any purposes of the demagogue. His vote is of no more worth than that of any unprincipled foreigner or hireling native, who may have been bought. O for a man who is a man, and, and my neighbor says, has a bone in his back which you cannot pass your hand through! Our statistics are at fault: the population has been returned too large. How many men are there to a square thousand miles in the country? Hardly one. Does not America offer any inducement for men to settle here? The American has dwindled into an Odd Fellow — one who may be known by the development of his organ of gregariousness, and a manifest lack of intellect and cheerful self-reliance; whose first and chief concern, on coming into the world, is to see that the almshouses are in good repair; and, before yet he has lawfully donned the virile garb, to collect a fund to the support of the widows and orphans that may be; who, in short, ventures to live only by the aid of the Mutual Insurance company, which has promised to bury him decently.

It is not a man's duty, as a matter of course, to devote himself to the eradication of any, even to most enormous, wrong; he may still properly have other concerns to engage him; but it is his duty, at least, to wash his hands of it, and, if he gives it no thought longer, not to give it practically his support. If I devote myself to other pursuits and contemplations, I must first see, at least, that I do not pursue them sitting upon another man's shoulders. I must get off him first, that he may pursue his contemplations too. See what gross inconsistency is tolerated. I have heard some of my townsmen say, «I should like to have them order me out to help put down an insurrection of the slaves, or to march to Mexico — see if I would go»; and yet these very men have each, directly by their allegiance, and so indirectly, at least, by their money, furnished a substitute. The soldier is applauded who refuses to serve in an unjust war by those who do not refuse to sustain the unjust government which makes the war; is applauded by those whose own act and authority he disregards and sets at naught; as if the state were penitent to that degree that it hired one to scourge it while it sinned, but not to that degree that it left off sinning for a moment. Thus, under the name of Order and Civil Government, we are all made at last to pay homage to and support our own meanness. After the first blush of sin comes its indifference; and from immoral it becomes, as it were, unmoral, and not quite unnecessary to that life which we have made.

The broadest and most prevalent error requires the most disinterested virtue to sustain it. The slight reproach to which the virtue of patriotism is commonly liable, the noble are most likely to incur. Those who, while they disapprove of the character and measures of a government, yield to it their allegiance and support are undoubtedly its most conscientious supporters, and so frequently the most serious obstacles to reform. Some are petitioning the State to dissolve the Union, to disregard the requisitions of the President. Why do they not dissolve it themselves — the union between themselves and the State — and refuse to pay their quota into its treasury? Do not they stand in same relation to the State that the State does to the Union? And have not the same reasons prevented the State from resisting the Union which have prevented them from resisting the State?

How can a man be satisfied to entertain an opinion merely, and enjoy it? Is there any enjoyment in it, if his opinion is that he is aggrieved? If you are cheated out of a single dollar by your neighbor, you do not rest satisfied with knowing you are cheated, or with saying that you are cheated, or even with petitioning him to pay you your due; but you take effectual steps at once to obtain the full amount, and see to it that you are never cheated again. Action from principle, the perception and the performance of right, changes things and relations; it is essentially revolutionary, and does not consist wholly with anything which was. It not only divided States and churches, it divides families; ay, it divides the individual, separating the diabolical in him from the divine.

Unjust laws exist: shall we be content to obey them, or shall we endeavor to amend them, and obey them until we have succeeded, or shall we transgress them at once? Men, generally, under such a government as this, think that they ought to wait until they have persuaded the majority to alter them. They think that, if they should resist, the remedy would be worse than the evil. But it is the fault of the government itself that the remedy is worse than the evil. It makes it worse. Why is it not more apt to anticipate and provide for reform? Why does it not cherish its wise minority? Why does it cry and resist before it is hurt? Why does it not encourage its citizens to put out its faults, and do better than it would have them? Why does it always crucify Christ and excommunicate Copernicus and Luther, and pronounce Washington and Franklin rebels?

One would think, that a deliberate and practical denial of its authority was the only offense never contemplated by its government; else, why has it not assigned its definite, its suitable and proportionate, penalty? If a man who has no property refuses but once to earn nine shillings for the

State, he is put in prison for a period unlimited by any law that I know, and determined only by the discretion of those who put him there; but if he should steal ninety times nine shillings from the State, he is soon permitted to go at large again.

If the injustice is part of the necessary friction of the machine of government, let it go, let it go: perchance it will wear smooth — certainly the machine will wear out. If the injustice has a spring, or a pulley, or a rope, or a crank, exclusively for itself, then perhaps you may consider whether the remedy will not be worse than the evil; but if it is of such a nature that it requires you to be the agent of injustice to another, then I say, break the law. Let your life be a counter-friction to stop the machine. What I have to do is to see, at any rate, that I do not lend myself to the wrong which I condemn.

As for adopting the ways the State has provided for remedying the evil, I know not of such ways. They take too much time, and a man's life will be gone. I have other affairs to attend to. I came into this world, not chiefly to make this a good place to live in, but to live in it, be it good or bad. A man has not everything to do, but something; and because he cannot do everything, it is not necessary that he should be petitioning the Governor or the Legislature any more than it is theirs to petition me; and if they should not hear my petition, what should I do then? But in this case the State has provided no way: its very Constitution is the evil. This may seem to be harsh and stubborn and unconciliatory; but it is to treat with the utmost kindness and consideration the only spirit that can appreciate or deserves it. So is all change for the better, like birth and death, which convulse the body.

I do not hesitate to say, that those who call themselves Abolitionists should at once effectually withdraw their support, both in person and property, from the government of Massachusetts, and not wait till they constitute a majority of one, before they suffer the right to prevail through them. I think that it is enough if they have God on their side, without waiting for that other one. Moreover, any man more right than his neighbors constitutes a majority of one already.

I meet this American government, or its representative, the State government, directly, and face to face, once a year — no more — in the person of its tax-gatherer; this is the only mode in which a man situated as I am necessarily meets it; and it then says distinctly, Recognize me; and the simplest, the most effectual, and, in the present posture of affairs, the indispensablest mode of treating with it on this head, of expressing your little

satisfaction with and love for it, is to deny it then. My civil neighbor, the tax-gatherer, is the very man I have to deal with — for it is, after all, with men and not with parchment that I quarrel — and he has voluntarily chosen to be an agent of the government. How shall he ever know well that he is and does as an officer of the government, or as a man, until he is obliged to consider whether he will treat me, his neighbor, for whom he has respect, as a neighbor and well-disposed man, or as a maniac and disturber of the peace, and see if he can get over this obstruction to his neighborliness without a ruder and more impetuous thought or speech corresponding with his action. I know this well, that if one thousand, if one hundred, if ten men whom I could name — if ten honest men only — ay, if one *honest* man, in this State of Massachusetts, ceasing to hold slaves, were actually to withdraw from this co-partnership, and be locked up in the county jail therefor, it would be the abolition of slavery in America. For it matters not how small the beginning may seem to be: what is once well done is done forever. But we love better to talk about it: that we say is our mission. Reform keeps many scores of newspapers in its service, but not one man. If my esteemed neighbor, the State's ambassador, who will devote his days to the settlement of the question of human rights in the Council Chamber, instead of being threatened with the prisons of Carolina, were to sit down the prisoner of Massachusetts, that State which is so anxious to foist the sin of slavery upon her sister — though at present she can discover only an act of inhospitality to be the ground of a quarrel with her — the Legislature would not wholly waive the subject of the following winter.

Under a government which imprisons unjustly, the true place for a just man is also a prison. The proper place today, the only place which Massachusetts has provided for her freer and less despondent spirits, is in her prisons, to be put out and locked out of the State by her own act, as they have already put themselves out by their principles. It is there that the fugitive slave, and the Mexican prisoner on parole, and the Indian come to plead the wrongs of his race should find them; on that separate but more free and honorable ground, where the State places those who are not with her, but against her — the only house in a slave State in which a free man can abide with honor. If any think that their influence would be lost there, and their voices no longer afflict the ear of the State, that they would not be as an enemy within its walls, they do not know by how much truth is stronger than error, nor how much more eloquently and effectively he can combat injustice who has experienced a little in his own person. Cast your whole vote, not a strip of paper merely, but your whole influence. A mino-

rity is powerless while it conforms to the majority; it is not even a minority then; but it is irresistible when it clogs by its whole weight. If the alternative is to keep all just men in prison, or give up war and slavery, the State will not hesitate which to choose. If a thousand men were not to pay their tax bills this year, that would not be a violent and bloody measure, as it would be to pay them, and enable the State to commit violence and shed innocent blood. This is, in fact, the definition of a peaceable revolution, if any such is possible. If the tax-gatherer, or any other public officer, asks me, as one has done, «But what shall I do?» my answer is, «If you really wish to do anything, resign your office». When the subject has refused allegiance, and the officer has resigned from office, then the revolution is accomplished. But even suppose blood shed when the conscience is wounded? Through this wound a man's real manhood and immortality flow out, and he bleeds to an everlasting death. I see this blood flowing now.

I have contemplated the imprisonment of the offender, rather than the seizure of his goods — though both will serve the same purpose — because they who assert the purest right, and consequently are most dangerous to a corrupt State, commonly have not spent much time in accumulating property. To such the State renders comparatively small service, and a slight tax is wont to appear exorbitant, particularly if they are obliged to earn it by special labor with their hands. If there were one who lived wholly without the use of money, the State itself would hesitate to demand it of him. But the rich man — not to make any invidious comparison — is always sold to the institution which makes him rich. Absolutely speaking, the more money, the less virtue; for money comes between a man and his objects, and obtains them for him; it was certainly no great virtue to obtain it. It puts to rest many questions which he would otherwise be taxed to answer; while the only new question which it puts is the hard but superfluous one, how to spend it. Thus his moral ground is taken from under his feet. The opportunities of living are diminished in proportion as that are called the «means» are increased. The best thing a man can do for his culture when he is rich is to endeavor to carry out those schemes which he entertained when he was poor. Christ answered the Herodians according to their condition. «Show me the tribute-money», said he — and one took a penny out of his pocket — if you use money which has the image of Caesar on it, and which he has made current and valuable, that is, if you are men of the State, and gladly enjoy the advantages of Caesar's government, then pay him back some of his own when he demands it. «Render therefore to Caesar that which is Caesar's and to God those things which

are God's» — leaving them no wiser than before as to which was which; for they did not wish to know.

When I converse with the freest of my neighbors, I perceive that, whatever they may say about the magnitude and seriousness of the question, and their regard for the public tranquillity, the long and the short of the matter is, that they cannot spare the protection of the existing government, and they dread the consequences to their property and families of disobedience to it. For my own part, I should not like to think that I ever rely on the protection of the State. But, if I deny the authority of the State when it presents its tax bill, it will soon take and waste all my property, and so harass me and my children without end. This is hard. This makes it impossible for a man to live honestly, and at the same time comfortably, in outward respects. It will not be worth the while to accumulate property; that would be sure to go again. You must hire or squat somewhere, and raise but a small crop, and eat that soon. You must live within yourself, and depend upon yourself always tucked up and ready for a start, and not have many affairs. A man may grow rich in Turkey even, if he will be in all respects a good subject of the Turkish government. Confucius said: «If a state is governed by the principles of reason, poverty and misery are subjects of shame; if a state is not governed by the principles of reason, riches and honors are subjects of shame». No: until I want the protection of Massachusetts to be extended to me in some distant Southern port, where my liberty is endangered, or until I am bent solely on building up an estate at home by peaceful enterprise, I can afford to refuse allegiance to Massachusetts, and her right to my property and life. It costs me less in every sense to incur the penalty of disobedience to the State than it would to obey. I should feel as if I were worth less in that case.

Some years ago, the State met me in behalf of the Church, and commanded me to pay a certain sum toward the support of a clergyman whose preaching my father attended, but never I myself. «Pay», it said, «or be locked up in the jail». I declined to pay. But, unfortunately, another man saw fit to pay it. I did not see why the schoolmaster should be taxed to support the priest, and not the priest the schoolmaster; for I was not the State's schoolmaster, but I supported myself by voluntary subscription. I did not see why the lyceum should not present its tax bill, and have the State to back its demand, as well as the Church. However, as the request of the selectmen, I condescended to make some such statement as this in writing: «Know all men by these presents, that I, Henry Thoreau, do not wish to be regarded as a member of any society which I have not joined». This I

gave to the town clerk; and he has it. The State, having thus learned that I did not wish to be regarded as a member of that church, has never made a like demand on me since; though it said that it must adhere to its original presumption that time. If I had known how to name them, I should then have signed off in detail from all the societies which I never signed on to; but I did not know where to find such a complete list.

I have paid no poll tax for six years. I was put into a jail once on this account, for one night; and, as I stood considering the walls of solid stone, two or three feet thick, the door of wood and iron, a foot thick, and the iron grating which strained the light, I could not help being struck with the foolishness of that institution which treated me as if I were mere flesh and blood and bones, to be locked up. I wondered that it should have concluded at length that this was the best use it could put me to, and had never thought to avail itself of my services in some way. I saw that, if there was a wall of stone between me and my townsmen, there was a still more difficult one to climb or break through before they could get to be as free as I was. I did not for a moment feel confined, and the walls seemed a great waste of stone and mortar. I felt as if I alone of all my townsmen had paid my tax. They plainly did not know how to treat me, but behaved like persons who are underbred. In every threat and in every compliment there was a blunder; for they thought that my chief desire was to stand the other side of that stone wall. I could not but smile to see how industriously they locked the door on my meditations, which followed them out again without let or hindrance, and they were really all that was dangerous. As they could not reach me, they had resolved to punish my body; just as boys, if they cannot come at some person against whom they have a spite, will abuse his dog. I saw that the State was half-witted, that it was timid as a lone woman with her silver spoons, and that it did not know its friends from its foes, and I lost all my remaining respect for it, and pitied it.

Thus the state never intentionally confronts a man's sense, intellectual or moral, but only his body, his senses. It is not armed with superior will or honesty, but with superior physical strength. I was not born to be forced. I will breathe after my own fashion. Let us see who is the strongest. What force has a multitude? They only can force me who obey a higher law than I. They force me to become like themselves. I do not hear of men being forced to live this way or that by masses of men. What sort of life were that to live? When I meet a government which says to me, «Your money or your life», why should I be in haste to give it my money? It may be in a great strait, and not know what to do: I cannot help that. It must

help itself; do as I do. It is not worth the while to snivel about it. I am not responsible for the successful working of the machinery of society. I am not the son of the engineer. I perceive that, when an acorn and a chestnut fall side by side, the one does not remain inert to make way for the other, but both obey their own laws, and spring and grow and flourish as best they can, till one, perchance, overshadows and destroys the other. If a plant cannot live according to nature, it dies; and so a man.

The night in prison was novel and interesting enough. The prisoners in their shirtsleeves were enjoying a chat and the evening air in the doorway, when I entered. But the jailer said, «Come, boys, it is time to lock up»; and so they dispersed, and I heard the sound of their steps returning into the hollow apartments. My room-mate was introduced to me by the jailer as «a first-rate fellow and clever man». When the door was locked, he showed me where to hang my hat, and how he managed matters there. The rooms were whitewashed once a month; and this one, at least, was the whitest, most simply furnished, and probably neatest apartment in town. He naturally wanted to know where I came from, and what brought me there; and, when I had told him, I asked him in my turn how he came there, presuming him to be an honest man, of course; and as the world goes, I believe he was. «Why», said he, «they accuse me of burning a barn; but I never did it». As near as I could discover, he had probably gone to bed in a barn when drunk, and smoked his pipe there; and so a barn was burnt. He had the reputation of being a clever man, had been there some three months waiting for his trial to come on, and would have to wait as much longer; but he was quite domesticated and contented, since he got his board for nothing, and thought that he was well treated.

He occupied one window, and I the other; and I saw that if one stayed there long, his principal business would be to look out the window. I had soon read all the tracts that were left there, and examined where former prisoners had broken out, and where a grate had been sawed off, and heard the history of the various occupants of that room; for I found that even here there was a history and a gossip which never circulated beyond the walls of the jail. Probably this is the only house in the town where verses are composed, which are afterward printed in a circular form, but not published. I was shown quite a long list of young men who had been detected in an attempt to escape, who avenged themselves by singing them.

I pumped my fellow-prisoner as dry as I could, for fear I should never see him again; but at length he showed me which was my bed, and left me to blow out the lamp.

It was like travelling into a far country, such as I had never expected to behold, to lie there for one night. It seemed to me that I never had heard the town clock strike before, not the evening sounds of the village; for we slept with the windows open, which were inside the grating. It was to see my native village in the light of the Middle Ages, and our Concord was turned into a Rhine stream, and visions of knights and castles passed before me. They were the voices of old burghers that I heard in the streets. I was an involuntary spectator and auditor of whatever was done and said in the kitchen of the adjacent village inn — a wholly new and rare experience to me. It was a closer view of my native town. I was fairly inside of it. I never had seen its institutions before. This is one of its peculiar institutions; for it is a shire town. I began to comprehend what its inhabitants were about.

In the morning, our breakfasts were put through the hole in the door, in small oblong-square tin pans, made to fit, and holding a pint of chocolate, with brown bread, and an iron spoon. When they called for the vessels again, I was green enough to return what bread I had left, but my comrade seized it, and said that I should lay that up for lunch or dinner. Soon after he was let out to work at haying in a neighboring field, whither he went every day, and would not be back till noon; so he bade me good day, saying that he doubted if he should see me again.

When I came out of prison — for some one interfered, and paid that tax — I did not perceive that great changes had taken place on the common, such as he observed who went in a youth and emerged a gray-headed man; and yet a change had come to my eyes come over the scene — the town, and State, and country, greater than any that mere time could effect. I saw yet more distinctly the State in which I lived. I saw to what extent the people among whom I lived could be trusted as good neighbors and friends; that their friendship was for summer weather only; that they did not greatly propose to do right; that they were a distinct race from me by their prejudices and superstitions, as the Chinamen and Malays are that in their sacrifices to humanity they ran no risks, not even to their property; that after all they were not so noble but they treated the thief as he had treated them, and hoped, by a certain outward observance and a few prayers, and by walking in a particular straight through useless path from time to time, to save their souls. This may be to judge my neighbors harshly; for I believe that many of them are not aware that they have such an institution as the jail in their village.

It was formerly the custom in our village, when a poor debtor came out of jail, for his acquaintances to salute him, looking through their fin-

gers, which were crossed to represent the jail window, «How do ye do?» My neighbors did not thus salute me, but first looked at me, and then at one another, as if I had returned from a long journey. I was put into jail as I was going to the shoemaker's to get a shoe which was mended. When I was let out the next morning, I proceeded to finish my errand, and, having put on my mended shoe, joined a huckleberry party, who were impatient to put themselves under my conduct; and in half an hour — for the horse was soon tackled — was in the midst of a huckleberry field, on one of our highest hills, two miles off, and then the State was nowhere to be seen.

This is the whole history of «My Prisons».

I have never declined paying the highway tax, because I am as desirous of being a good neighbor as I am of being a bad subject; and as for supporting schools, I am doing my part to educate my fellow countrymen now. It is for no particular item in the tax bill that I refuse to pay it. I simply wish to refuse allegiance to the State, to withdraw and stand aloof from it effectually. I do not care to trace the course of my dollar, if I could, till it buys a man a musket to shoot one with — the dollar is innocent — but I am concerned to trace the effects of my allegiance. In fact, I quietly declare war with the State, after my fashion, though I will still make use and get what advantages of her I can, as is usual in such cases.

If others pay the tax which is demanded of me, from a sympathy with the State, they do but what they have already done in their own case, or rather they abet injustice to a greater extent than the State requires. If they pay the tax from a mistaken interest in the individual taxed, to save his property, or prevent his going to jail, it is because they have not considered wisely how far they let their private feelings interfere with the public good.

This, then is my position at present. But one cannot be too much on his guard in such a case, lest his actions be biased by obstinacy or an undue regard for the opinions of men. Let him see that he does only what belongs to himself and to the hour.

I think sometimes, Why, this people mean well, they are only ignorant; they would do better if they knew how: why give your neighbors this pain to treat you as they are not inclined to? But I think again, this is no reason why I should do as they do, or permit others to suffer much greater pain of a different kind. Again, I sometimes say to myself, When many millions of men, without heat, without ill will, without personal feelings of any kind, demand of you a few shillings only, without the possibility, such is their constitution, of retracting or altering their present demand, and without the possibility, on your side, of appeal to any other millions, why

expose yourself to this overwhelming brute force? You do not resist cold and hunger, the winds and the waves, thus obstinately; you quietly submit to a thousand similar necessities. You do not put your head into the fire. But just in proportion as I regard this as not wholly a brute force, but partly a human force, and consider that I have relations to those millions as to so many millions of men, and not of mere brute or inanimate things, I see that appeal is possible, first and instantaneously, from them to the Maker of them, and, secondly, from them to themselves. But if I put my head deliberately into the fire, there is no appeal to fire or to the Maker for fire, and I have only myself to blame. If I could convince myself that I have any right to be satisfied with men as they are, and to treat them accordingly, and not according, in some respects, to my requisitions and expectations of what they and I ought to be, then, like a good Mussulman and fatalist, I should endeavor to be satisfied with things as they are, and say it is the will of God. And, above all, there is this difference between resisting this and a purely brute or natural force, that I can resist this with some effect; but I cannot expect, like Orpheus, to change the nature of the rocks and trees and beasts.

I do not wish to quarrel with any man or nation. I do not wish to split hairs, to make fine distinctions, or set myself up as better than my neighbors. I seek rather, I may say, even an excuse for conforming to the laws of the land. I am but too ready to conform to them. Indeed, I have reason to suspect myself on this head; and each year, as the tax-gatherer comes round, I find myself disposed to review the acts and position of the general and State governments, and the spirit of the people to discover a pretext for conformity.

«We must affect our country as our parents,
And if at any time we alienate
Out love or industry from doing it honor,
We must respect effects and teach the soul
Matter of conscience and religion,
And not desire of rule or Bedit».

I believe that the State will soon be able to take all my work of this sort out of my hands, and then I shall be no better patriot than my fellow-countrymen. Seen from a lower point of view, the Constitution, with all its faults, is very good; the law and the courts are very respectable; even this State and this American government are, in many respects, very admira-

ble, and rare things, to be thankful for, such as a great many have described them; seen from a higher still, and the highest, who shall say what they are, or that they are worth looking at or thinking of at all?

However, the government does not concern me much, and I shall bestow the fewest possible thoughts on it. It is not many moments that I live under a government, even in this world. If a man is thought-free, fancy-free, imagination-free, that which is not never for a long time appearing to be to him, unwise rulers or reformers cannot fatally interrupt him.

I know that most men think differently from myself; but those whose lives are by profession devoted to the study of these or kindred subjects content me as little as any. Statesmen and legislators, standing so completely within the institution, never distinctly and nakedly behold it. They speak of moving society, but have no resting-place without it. They may be men of a certain experience and discrimination, and have no doubt invented ingenious and even useful systems, for which we sincerely thank them; but all their wit and usefulness lie within certain not very wide limits. They are wont to forget that the world is not governed by policy and expediency. Webster never goes behind government, and so cannot speak with authority about it. His words are wisdom to those legislators who contemplate no essential reform in the existing government; but for thinkers, and those who legislate for all time, he never once glances at the subject. I know of those whose serene and wise speculations on this theme would soon reveal the limits of his mind's range and hospitality. Yet, compared with the cheap professions of most reformers, and the still cheaper wisdom and eloquence of politicians in general, his are almost the only sensible and valuable words, and we thank Heaven for him. Comparatively, he is always strong, original, and, above all, practical. Still, his quality is not wisdom, but prudence. The lawyer's truth is not Truth, but consistency or a consistent expediency. Truth is always in harmony with herself, and is not concerned chiefly to reveal the justice that may consist with wrong-doing. He well deserves to be called, as he has been called, the Defender of the Constitution. There are really no blows to be given him but defensive ones. He is not a leader, but a follower. His leaders are the men of '87. «I have never made an effort», he says, «and never propose to make an effort; I have never countenanced an effort, and never mean to countenance an effort, to disturb the arrangement as originally made, by which various States came into the Union». Still thinking of the sanction which the Constitution gives to slavery, he says, «Because it was part of the original compact — let it stand». Notwithstanding his special acuteness and ability, he is unable to

take a fact out of its merely political relations, and behold it as it lies absolutely to be disposed of by the intellect — what, for instance, it behooves a man to do here in America today with regard to slavery — but ventures, or is driven, to make some such desperate answer to the following, while professing to speak absolutely, and as a private man — from which what new and singular of social duties might be inferred? «The manner», says he, «in which the governments of the States where slavery exists are to regulate it is for their own consideration, under the responsibility to their constituents, to the general laws of propriety, humanity, and justice, and to God. Associations formed elsewhere, springing from a feeling of humanity, or any other cause, have nothing whatever to do with it. They have never received any encouragement from me and they never will» [these extracts have been inserted since the lecture was read — HDT].

They who know of no purer sources of truth, who have traced up its stream no higher, stand, and wisely stand, by the Bible and the Constitution, and drink at it there with reverence and humanity; but they who behold where it comes trickling into this lake or that pool, gird up their loins once more, and continue their pilgrimage toward its fountainhead.

No man with a genius for legislation has appeared in America. They are rare in the history of the world. There are orators, politicians, and eloquent men, by the thousand; but the speaker has not yet opened his mouth to speak who is capable of settling the much-vexed questions of the day. We love eloquence for its own sake, and not for any truth which it may utter, or any heroism it may inspire. Our legislators have not yet learned the comparative value of free trade and of freed, of union, and of rectitude, to a nation. They have no genius or talent for comparatively humble questions of taxation and finance, commerce and manufactures and agriculture. If we were left solely to the wordy wit of legislators in Congress for our guidance, uncorrected by the seasonable experience and the effectual complaints of the people, America would not long retain her rank among the nations. For eighteen hundred years, though perchance I have no right to say it, the New Testament has been written; yet where is the legislator who has wisdom and practical talent enough to avail himself of the light which it sheds on the science of legislation.

The authority of government, even such as I am willing to submit to — for I will cheerfully obey those who know and can do better than I, and in many things even those who neither know nor can do so well — is still an impure one: to be strictly just, it must have the sanction and consent of the governed. It can have no pure right over my person and property but what

I concede to it. The progress from an absolute to a limited monarchy, from a limited monarchy to a democracy, is a progress toward a true respect for the individual. Even the Chinese philosopher was wise enough to regard the individual as the basis of the empire. Is a democracy, such as we know it, the last improvement possible in government? Is it not possible to take a step further towards recognizing and organizing the rights of man? There will never be a really free and enlightened State until the State comes to recognize the individual as a higher and independent power, from which all its own power and authority are derived, and treats him accordingly. I please myself with imagining a State at last which can afford to be just to all men, and to treat the individual with respect as a neighbor; which even would not think it inconsistent with its own repose if a few were to live aloof from it, not meddling with it, nor embraced by it, who fulfilled all the duties of neighbors and fellow men. A State which bore this kind of fruit, and suffered it to drop off as fast as it ripened, would prepare the way for a still more perfect and glorious State, which I have also imagined, but not yet anywhere seen.

ANEXO II. *Vivir sin mentira*, Aleksandr Solzhenitsyn¹¹³

Hace tiempo no nos atrevíamos ni a susurrar. Ahora escribimos y leemos *samizdat*, y a veces cuando nos juntamos en la sala de fumadores del Instituto de Ciencias nos quejamos unos a otros: ¿qué malas pasadas nos están jugando y a dónde nos arrastran? Alardeamos gratuitamente sobre los logros cósmicos mientras existe pobreza y destrucción en casa. Respal damos regímenes lejanos, no civilizados. Iniciamos la guerra civil. Acogemos temerariamente a Mao Tse-tung y seremos nosotros a quienes envíen a la guerra contra él, y tendremos que ir. ¿Existe alguna salida? Encima someten a juicio a quien les da la gana y meten a los cuerdos en los manicomios —siempre ellos, y nosotros permanecemos incapaces.

Las cosas casi han tocado fondo. Ya nos ha afectado a todos una muerte espiritual universal, y la muerte física pronto se inflamará y nos consumirá a todos y a nuestros hijos, pero seguimos riéndonos cobardemente, igual que antes, y refunfuñamos sin mordernos la lengua. ¿Cómo podemos detener esto? ¿Carecemos de fuerza?

Nos han robado la esperanza, y hemos sido tan deshumanizados que por la modesta ración de comida diaria estamos dispuestos a abandonar

¹¹³ A. SOLZHENITSYN, «Vivir sin mentira», *The Washington Post*, 18 de febrero de 1974.

todos nuestros principios, nuestras almas, así como todos los esfuerzos que realizaron nuestros predecesores y todas las oportunidades para nuestros descendientes, pero que no molesten a nuestra frágil existencia. Carecemos de firmeza, de orgullo y de entusiasmo. No tememos ni a la muerte universal por las bombas nucleares ni a una Tercera Guerra Mundial, y ya nos hemos refugiado en las grietas. Sólo tememos a los actos de valor civil.

Sólo tememos separarnos de la manada y dar un paso solos, y encontrarnos de pronto sin pan blanco, sin calefacción y sin estar empadronados en Moscú.

Hemos sido adoctrinados en cursos políticos, y de la misma manera se fomentó la idea de vivir cómodamente, y que así todo vaya bien para el resto de nuestra vida. No es posible huir del entorno y de las condiciones sociales. La vida diaria define la conciencia. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros? ¿Acaso no podemos hacer nada?

Pero podemos, podemos hacerlo todo. Nos mentimos a nosotros mismos a cambio de seguridad. No son ellos los culpables de todo, lo somos nosotros mismos, sólo nosotros. Se podría objetar que hasta un juguete puede pensar lo que quiera. Nos han amordazado. Nadie quiere escucharnos y nadie nos pregunta. ¿Cómo obligarles a escuchar? Es imposible cambiar su forma de pensar.

Sería normal votar para expulsarlos del poder, pero no hay elecciones en nuestro país. En occidente la gente conoce las huelgas y las manifestaciones de protesta, pero nosotros estamos demasiado oprimidos y de hacerlo nuestras perspectivas son terribles: ¿cómo renunciar a un puesto de trabajo y echarse a las calles? La amarga historia rusa ya exploró durante el siglo pasado otros caminos que resultaron fatídicos. No son caminos para nosotros y sinceramente no los necesitamos.

Ahora que las hachas han hecho su trabajo, cuando todo lo que se sembró ha brotado de nuevo, vemos cómo se equivocaron aquellos jóvenes presuntuosos que creyeron que a través del terror, de la rebelión sangrienta y de la guerra civil harían de nuestro país un lugar digno y feliz.

El círculo, ¿está cerrado? ¿Es que realmente no hay salida? ¿Es que lo único que podemos hacer es esperar de brazos cruzados? ¿Acaso puede cambiar algo por sí solo? Nada sucederá mientras sigamos reconociendo, alabando y fortaleciendo —y no dejamos de hacerlo— el más perceptible de sus aspectos: la mentira.

Cuando la violencia se introduce en la vida pacífica su rostro brilla con autoconfianza, como si llevase una bandera gritando: «Soy la violencia. Huye, déjame pasar. Te aplastaré». Sin embargo, la violencia envejece rápi-

do, pierde la confianza en sí misma, y para mantener una cara respetable llama en su ayuda a la falsedad —cuando la violencia no puede posar su poderoso brazo ni todos los días ni sobre cada hombro, entonces sólo nos pide obedecer a la mentira y participar diariamente en la mentira—. Toda la lealtad exigida descansa en esto.

Y la salida más simple y más accesible a la liberación de la mentira descansa precisamente en esto: ninguna colaboración personal con la mentira. Aunque la mentira lo oculte todo y todo lo abarque, no será con mi ayuda.

Esto abre una grieta en el círculo imaginario que nos envuelve debido a nuestra inacción. Es la cosa más fácil que podemos hacer, pero lo más devastador para la mentira. Porque cuando los hombres renuncian a mentir, la mentira sencillamente muere. Como una infección, la mentira sólo puede vivir en un organismo vivo.

No nos presionemos. No hemos madurado lo suficiente como para dirigirnos a las plazas a gritar la verdad o a expresar en voz alta lo que pensamos. No es necesario.

Es peligroso, pero déjennos negarnos a decir lo que no pensamos.

Éste es nuestro camino, el más fácil y accesible, el que tiene en cuenta nuestra arraigada, inherente cobardía. Y es mucho más fácil —incluso es peligroso decir esto— que el tipo de desobediencia por la que abogó Gandhi.

Nuestro camino es hablar fuera de ese corrompido límite. Si no uniésemos los huesos muertos y los peldaños de la ideología, si no cosiéramos los trapos podridos, nos asombraríamos por lo rápido que la mentira quedaría desamparada y desaparecería.

Lo que estuviera desnudo aparecería entonces desnudo ante el mundo entero.

De modo que cada uno, en su intimidad, debe realizar una elección: o seguir siendo siervo de la mentira voluntariamente —por supuesto, no queda fuera la inclinación a mentir, pero otra cosa es alimentar a la familia, educando a los hijos en el espíritu de la mentira—, o despreciar la mentira y volverse un hombre honesto y digno de respeto tanto para los hijos como para los contemporáneos.

A partir de ese momento:

— No escribiré, firmaré o imprimiré por ningún medio una sola frase que, en su opinión, deforme la verdad.

— No diré esa misma frase ni en público ni en privado, ni por sí mismo ni por instigación de otro, ni como agitador, profesor, educador, ni siquiera como actor.

— No representará, adoptará o difundirá una sola idea que considere falsa, o que distorsione la verdad, ya sea a través de la pintura, la escultura, la fotografía, la técnica o la música.

— No citará fuera de contexto, ni oralmente ni por escrito, sólo por complacer a alguien, o para enriquecerse, o por lograr éxito en su trabajo, una idea que no comparta o que no refleje con precisión el asunto en cuestión.

— No se obligará a asistir a manifestaciones o a reuniones contra su voluntad, y tampoco levantará ningún cartel o eslogan que no acepte completamente.

— No levantará la mano para votar a favor de una propuesta con la que no simpatice sinceramente, ni votará públicamente o en secreto a quien considere indigno o dude de sus capacidades.

— No se obligará a asistir a una reunión en la que quepa esperar una discusión forzada o distorsionada de una cuestión.

— Abandonará inmediatamente cualquier reunión, sesión, conferencia, representación o película en la que el orador mienta, distribuya estupideces ideológicas o propaganda desvergonzada.

— No se suscribirá ni comprará ningún periódico o revista en los que la información sea deformada o donde los hechos principales sean ocultados.

No hemos enumerado, desde luego, todas las desviaciones posibles y necesarias de la falsedad, pero una persona que se vaya purificando fácilmente sabrá distinguir otros supuestos.

No, al principio no será igual para todos. Algunos, al principio, perderán sus empleos. Los jóvenes que quieran vivir en la verdad tendrán, al principio, muchas complicaciones, porque se exigen declaraciones llenas de mentiras y es necesario elegir.

Pero no hay ninguna escapatoria para alguien que quiera ser honesto. Todos los días, cualquiera de nosotros tendrá que enfrentarse con al menos una de las situaciones que acabamos de mencionar, incluso si es investigador en la más exacta de las ciencias. Verdad o falsedad: libertad o servidumbre espiritual.

No dejemos que quien no sea lo suficientemente valiente como para defender su alma se sienta orgulloso de sus opiniones «progresistas», no le dejemos alardear de que es un académico o un artista, o una figura reconocida, o un general, más bien dejémosle decirse a sí mismo: pertenezco a la manada y soy un cobarde, pero me da igual mientras esté bien alimentado y caliente.

Incluso este camino, que es el más modesto dentro de las posibilidades de la resistencia, no será fácil para nosotros; pero es más fácil que la auto-inmolación o la huelga de hambre: las llamas no rodearán tu cuerpo, tus ojos no estallarán por el calor, y al menos siempre habrá pan negro y agua limpia para tu familia.

Los checoslovacos, ese magnífico pueblo de Europa a quienes traicionamos y engañamos, ¿acaso no nos han enseñado cómo un pecho vulnerable puede defenderse incluso de los tanques si existe un corazón noble dentro de él?

¿Consideras que no será fácil? Sin embargo, es la posibilidad más sencilla. No será una decisión fácil para el cuerpo, pero sí lo es para el alma. No, no es un camino fácil, pero ya existen muchísimas personas que durante años han mantenido estos principios y viven por la verdad.

No serás el primero en tomar este camino, te unirás a los que ya lo han iniciado. Será más sencillo y más corto para todos nosotros si lo tomamos juntos y sumamos nuestros esfuerzos. Si somos miles de personas no podrán hacernos nada. Si somos decenas de miles cambiará el rostro de nuestra tierra.

Si estamos demasiado asustados, no deberíamos quejarnos de que alguien nos robe el aire. Ya lo hacemos nosotros. Déjennos, entonces, hundirnos más, déjennos lamentarnos, y así cada vez estará más cerca el día en que nuestros hermanos biólogos sean capaces de leer nuestros pensamientos inservibles y despreciables.

Y si nos amedrentamos, incluso después de haber dado este paso, entonces es que somos inútiles e indignos, y se nos podrá lanzar a la cara el desprecio de Pushkin: «¿Por qué debería tener el ganado los regalos de la libertad? Su herencia, generación tras generación, es el yugo y el látigo».